

## ESTUDIOS HISTORICOS.



COPIA DEL CUADRO DE LA SANTA FORMA, QUE EXISTE EN LA SACRISTIA DEL ESCORIAL, PINTADO POR COELLO.

25 de marzo de 1846.

TOMO IV. 7



## EPISODIO DEL REINADO DE CARLOS II.

D. FRANCISCO VALENZUELA,  
MARQUÉS DE VILLA-SIERRA.

(Conclusion.)

III.



A tarde del 17 de enero de 1676, era una de aquellas hermosas tardes de invierno en el Escorial, en que el sol templaba la atmósfera de un modo que parece estar en la mas deliciosa primavera, la naturaleza aunque áspera y montañosa siempre tiene mucha vegetación y hermosura, y la vis-

ta parece perderse en el azul transparente del bellísimo cielo que le cubre. Doña María de Uceda quiso aprovechar tan buena tarde y con sus pequeños hijos y sus criados había salido en coche á dar un paseo por el bosque, mientras que el marqués puesto en una ventana de su aposento meditaba sobre la apuradísima situación en que se hallaba, y discurría medios de librarse de tan inminente peligro. Su esposa volvía ya de su paseo cuando en una inmediata calle de álamos fué detenida por algunos caballeros que con mucha cortesía se acercaron al estribo del coche y la reconocieron, mas viendo que no venía en él Valenzuela, como habían sospechado, la dijeron: *perdonad, señora, y seguid vuestro camino, que creímos ser otra la persona que ocupaba el coche*, y picando los caballos se dirigieron al monasterio.

Poco mas serían de las cuatro cuando llegó á oídos del marqués el estruendo de los caballos, que á toda prisa ocuparon todas las puertas del edificio, interceptaron todos los caminos, y tomaban todas las avenidas, deteniendo á cuantos pasaban, y no permitiendo entrar ni salir á nadie en el monasterio, de modo que quedó este enteramente sitiado. Valenzuela, que no dudó que aquel aparato de guerra se dirigía contra su persona, no sabia donde esconderse, corrió á buscar al prior que despues de haberlo dejado en lugar seguro, reunió la comunidad y acompañado de los ancianos de ella, se dirigió al punto á donde los gefes de aquella expedicion andaban buscando local para alojarse. El prior lleno de urbanidad les ofreció alojamiento dentro del monasterio, y viveres para que comiesen, pero contestaron áasperamente: *que nada querían ni necesitaban, sino solo que les entregase al traidor de Valenzuela*. El prudente fray Marcos les pidió con moderación la orden del rey y contestándole que no la traían escrita sino verbal, se negó, con los demás monges que le acompañaban, á entregar á quien estaba bajo su protección escudado con una orden de mano y letra de S. M. y con la inmunidad eclesiástica del monasterio, que creía que no osarían profanar personas de tal calidad. Inútiles fueron de todo punto las amenazas con que los gefes quisieron intimidar al prior y comunidad, los monges se retiraron sin contestar á sus bravatas, y el bueno de fray Mar-

cos, para darles una lección de caballerosidad, les devolvió por los insultos y amenazas que le habían prodigado, un abundante regalo, de aves, frutas y conservas, que tuvieron que aceptar á pesar de su orgullo porque de lo contrario hubieran sufrido muchas privaciones.

Convencidos de que la entereza del prior no cedería ni á los halagos ni mucho menos á las amenazas, se resolvieron á obligar á la comunidad por hambre, impidiendo que entrase ningún género de comestibles; pero muy luego se convencieron de que esto seria muy largo, y que primero padecerían necesidad ellos que los monges, que tenían dentro provisiones abundantes. Abandonaron, pues, este método, y volvieron á las súplicas con el prior pero en vano, y viendo que no podían sacar partido suplicaron á fray Marcos persuadiese á Valenzuela á que se prestase á tener con ellos una entrevista, donde pudiesen darse las esplicaciones convenientes. Tal vez entonces trataban de tender un lazo al prior y á Valenzuela apoderándose de él en la conferencia, pero era demasiado despejado fray Marcos para dejarse envolver tan fácilmente. Consultó con el interesado, y volvió á decirles: que no habia inconveniente ninguno en la entrevista con tal que fuese con las condiciones siguientes: que habia de ser en el lugar que él señalase; que antes habian de salir del recinto del monasterio todos los soldados, quedando entretanto las puertas todas cerradas á su satisfacción; que solo se hallarian á la entrevista el duque de Medina Sidonia, y don Antonio de Toledo, y que habia de verificarse en presencia de toda la comunidad.

Aunque con estas condiciones, como la entrevista no podia ya tener mas resultado que cerciorarse mas de que estaba allí su víctima, las aceptaron sin embargo. No podia darse un modo mas solemne, mas imponente y seguro que el que dispuso el entendido fray Marcos. El duque de Medina Sidonia y Toledo fueron conducidos al oratorio del rey que está á la derecha del altar mayor; la comunidad toda guardando un profundo silencio, ocupaba el presbiterio, y por el oratorio de la izquierda salió el prior acompañando á Valenzuela. Se adelantaron estos últimos hasta el medio del altar y puestos de rodillas y hecha una breve oracion, se levantaron. El prior se retiró al extremo de la fila que formaba la comunidad, y don Fernando dirigiéndose á los que estaban á la punta del oratorio, les dijo:

«Señores, no hablo con el señor duque de Medina Sidonia, porque jamás he tenido el honor de besar su mano, ni la dicha de que su excelencia me haya mandado algo, pues es cierto que hubiera ejecutado al punto sus órdenes; me dirijo solo á don Antonio de Toledo, y ha de permitirme le pregunte; ¿qué causa ha tenido para venir á prenderme? Pues es cierto que siendo el primogénito del señor duque de Alba es mucha y muy calificada su sangre para abatirse á la inferioridad de alguacil. Quisiera juntamente preguntar á vuestra excelencia ¿en virtud de que instrumento ó decreto de S. M. ú órden del presidente de Castilla quiere ejecutar esta prision? Por que lo primero es presentar estos documentos, y luego decir vuestra excelencia porque motivos. Por que si es celo por el bien universal no puede tocarle; si es por estar agraviado de mí en alguna cosa, aun vivo para dar á vuestra excelencia la satisfacción que gustare. Además en mi poder se hallan instrumentos de S. M. (Que Dios guarde) para mi seguridad, y mientras vuestra excelencia no me mostrare otros que anulen estos, me hallo en la posesion de mi seguridad. Y si á vuestra excelencia le parece, que por verme acosado con el número de tantos hombres y caballos, y en vuestra excelencia los deseos de prenderme, que confieso zozobro en mil desconsuelos aun que me aseguran mis honrados procederes, y no haber faltado en un ápice á la ley de buen vasallo; no obstante puedo temer á la violencia y al poder, como podia sucederle al de mas ánimo; pero el mío es, espe-



«rar cuantos riesgos y cuantos amagos á la muerte ven-  
 gan, asegurando á vuestra excelencia que este mi ren-  
 glon no le trocaria por el de vuestra excelencia. Tambien  
 le he de suplicar se sirva permitirme le reconvenga con  
 lo que he deseado servirle, que no lo ha de negar.  
 «Acuérdese vuestra excelencia que un día me citó á las  
 Descalzas reales, y me dijo: (direlo con las palabras  
 mismas con que vuestra excelencia me lo dijo en aque-  
 lla ocasion) señor marqués de Villa-Sierra, yo he desea-  
 do besar á vuestra excelencia la mano, para ofrecérme  
 muy de corazon á ser suyo, y no he tenido la suerte de  
 lograr la ocasion que ahora tengo, pero asegúrese, que  
 deseo servirle con la fineza de verdadero amigo, y pues  
 nos hemos de tratar de esta manera, entro á ponderar  
 á vuestra excelencia que por la corte ha corrido la voz  
 de que S. M. me honraba con el Tuison, y esto dándole  
 todos por hecho, veo que no tiene hechura y lo colijo  
 de la suspension. Vuestra excelencia me ha de hacer  
 el gusto que esto se consiga, pues logrará con esto, mi  
 cariño, mi amistad y mi persona. Yo entonces respondí  
 á vuestra excelencia que quedaba con el cuidado de ha-  
 blar á S. M. y le supliqué hiciese esta merced á vuestra  
 excelencia y el rey me la concedió, con lo cual hice ha-  
 cer el decreto, y se lo remití con toda la brevedad que  
 aquí digo. Buscome vuestra excelencia para agradeceré-  
 melo, y así en esta ocasion como en otras corroboró la  
 firmeza de nuestra amistad. Tambien se acordará vues-  
 tra excelencia como á su padre, respecto de lo alcanza-  
 do que se hallaba, se le dieron veinte y cuatro mil du-  
 cados de plata á instancia mia. Tampoco ignorará vues-  
 tra excelencia como otro día me citó á Santa Catalina de  
 los Donados, y concurrimos allí para mandarme vues-  
 tra excelencia y decirme, que su padre me pedia pusie-  
 se los medios posibles para que consiguiese ser del con-  
 sejo de estado, y que de su parte me ofrecia (dígolo  
 como vuestra excelencia me lo dijo) ser los dos mis es-  
 clavos. Tambien se me ofrece decir á vuestra excelencia  
 que por tantas finezas de mi obrar no he debido á vues-  
 tra excelencia ni á su padre el valor de unos guantes.  
 «Pues si estos no he recibido, luego solo ha sido mi mo-  
 tivo de servir á vuestra excelencia, de cariño. Yo, señor  
 no me admirara que por haberlos servido hubieran  
 tenido algun descuido en agradecerlo, á lo que no puedo  
 hallar salida es, que vengo á sacar por legitima conse-  
 cuencia, que por haberles hecho bien, me hacen mal.  
 «Si esto es digno timbre de lo ilustre de su sangre, allá  
 se lo puede considerar vuestra excelencia.»

Pálido de vergüenza y cólera estaba Toledo oyendo  
 tan justas como severas acusaciones, á las que no tuvo  
 que contestar ni una sola palabra. Don Fernando, escla-  
 mó sin poderse contener el duque de Medina Sidonia,  
*confieso que si conmigo se hubiera hecho eso, nunca falt-  
 ría al lado de vuestra excelencia.* Luego con palabras lle-  
 nas de atencion suplicó á Valenzuela que se entregase  
 para evitar consecuencias mas funestas, pero el marqués  
 de Villa-Sierra se negó decididamente, y despues de mil  
 instancias se retiraron sin convenir en nada, pero ciertos  
 ya los enemigos de que estaba dentro del monasterio.  
 En consecuencia redoblaron su vigilancia, multiplicaron  
 los centinelas, y tomaron cuantas medidas creyeron opor-  
 tunas para que no se escapase. Tambien el prior com-  
 prendió que se habia aumentado el riesgo, y luego que  
 pudo desembarazarse de los gefes, á quienes acompañó  
 hasta sus alojamientos, volvió en busca de Valenzuela  
 para esconderle en parage donde no pudiesen encontrarle.  
 Escogió por mas seguro un escondrijo que habia á espal-  
 das de la iglesia encima del dormitorio del rey, y allí se  
 le prepararon perdices escabechadas, capones asados,  
 bollos de manteca, otras muchas conservas, ropa, cama,  
 vino, agua, y todo cuanto podia necesitar, para que ni  
 tuviese precision de salir, ni pudiese notarse que se le  
 llevaba comida.

Fácil es de calcular la rabia que don Antonio de To-  
 ledo tendria despues del modo duro con que le habia trata-  
 do Valenzuela, y cuanto habia aumentado su encono y de-  
 seos de prenderle viendo que al frente de aquella corpora-  
 cion numerosa, habia patentizado su conducta poco noble.  
 En efecto, redobló su actividad y vigilancia, y hacia que  
 los centinelas fuesen ganando terreno por todas partes,  
 é introduciéndose poco á poco en el monasterio so pretes-  
 to de que en todas partes hallaba alguna puerta ó ventana  
 por donde podia verificar su fuga el caido ministro.  
 Todos los dias repetia al prior y comunidad la demanda  
 de que entregasen á Valenzuela, pero siempre inútilmen-  
 te, por que les contestaban con la orden del rey, y con  
 la inmunidad eclesiástica. Desesperados pues, y viendo  
 que consumian inútilmente el tiempo, trataron de conse-  
 guir por la fuerza lo que de otro modo les habia sido im-  
 posible. Decididos á atropellarlo todo, metieron los ca-  
 ballos en las aulas del seminario, penetraron á viva fuer-  
 za en aquel magestuoso templo, donde los soldados co-  
 metieron toda clase de abominaciones, rompieron algu-  
 nas cajas donde se guardaban reliquias de santos; insulta-  
 ron y atropellaron á los monges que tuvieron valor de  
 reprender sus desmanes; robaron algunos crucifijos y can-  
 deleros de plata de los que habia en los altares; y en fin  
 lo que no seria creible en soldados cristianos, mandados  
 por caballeros de tan noble y esclarecida sangre, violenta-  
 ron las puertas del sagrario, y osaron entrar en él con las  
 armas preparadas y las gorras puestas, hollando el tro-  
 no mas digno que la divinidad tiene en la tierra.

Entonces el prudente prior se revistió de autoridad é  
 inflamado de celo por la honra de la casa del Señor, bajó  
 á la iglesia y suplicó á don Antonio que respetase el tem-  
 plo é hiciese salir de él á los soldados; pero el deseo de  
 venganza habia cegado á este caballero, y el prior no fué  
 atendido. Fray Marcos entonces mandó reunir toda la  
 comunidad, y con toda la pompa y brillantez que en el Esco-  
 rial se acostumbraban á celebrar las augustas ceremonias  
 de nuestra religion santa, mandó esponer el Santísimo  
 Sacramento, que permaneció descubierto todo el día. ¡Pe-  
 ro ¡oh ceguedad inconcebible! Los cánticos sagrados de los  
 monges eran á cada paso interrumpidos por los chistes  
 abominables, y las horribles blasfemias de los soldados,  
 que á vista y conocimiento de don Antonio continuaban  
 comiendo y bebiendo sobre los altares, convirtiendo el  
 templo en muladar asqueroso, y cometiendo toda clase  
 de escándalos. Entonces hubo que recurrir á medios mas  
 fuertes, el prior usando de su autoridad fulminó censuras  
 contra los gefes, que aunque fueron requeridos y amone-  
 stados, las despreciaron, y continuaron en su escandalosa  
 profanacion. Doloroso le era al respetable prior ver la te-  
 nacidad y contumacia de aquellos hombres, pero el deco-  
 ro del templo lo exigia, habia recurrido á cuantos medios  
 le habia dictado su prudencia, y viendo que la abominacion  
 continuaba, acompañado de los doce monges mas ancianos  
 y con todas las terribles ceremonias que la iglesia previe-  
 ne en semejantes casos, pronunció contra el duque de Me-  
 dina Sidonia, don Antonio de Toledo y todos sus cómpli-  
 ces y favorecedores el último anatema de la iglesia, ó  
 como comunmente suele decirse, la excomunion de *mata  
 candelas y cesacion á divinis.*

Por primera vez cesaron despues de un siglo los cánti-  
 cos sagrados en aquel templo verdaderamente respetable,  
 los himnos dedicados á la divinidad ya no resonaban en  
 aquellas bóvedas magníficas, y en su lugar se oia el es-  
 truendo y voceria de los gefes y soldados que iban por to-  
 das partes violentando puertas y registrándolo todo para  
 lograr descubrir su víctima. El palacio de los reyes, y las  
 habitaciones particulares de los monges no habian sido  
 mas respetadas que el templo, los soldados penetraban  
 en todas partes, y á pesar de esto sus esfuerzos hubieran  
 sido vanos, si una imprudencia ó el temor no les hubiese  
 puesto á Valenzuela en sus manos.



Cinco días completos hacía ya que lo buscaban sin cesar de noche ni de día: varias veces habían pasado tan cerca del escondite, que había oído perfectamente el tropel y las voces de los que le buscaban, indudablemente se hubiera salvado si no se hubiera movido de donde estaba; pero á la quinta noche por casualidad los que le buscaban estuvieron bastante tiempo detenidos cerca del lugar donde Valenzuela se hallaba. El temor sin duda le exageró el peligro, y creyó que estaba ya descubierto, y en medio de su aturdimiento, sin considerar que se esponía á un peligro mucho mayor, hizo una sogá con una de las sábanas y las ligas, y se descolgó por el emplomado á uno de los caramanchones contiguos, que llaman de *Monseratte*. Salió de allí sin saber á donde dirigirse, daba vueltas por los claustros sin saber que partido tomar, y de repente se halló con un centinela. Con tan fatal encuentro Valenzuela quedó como muerto, pero el soldado ó bien aterrado por la excomunión ó compadecido de las desgracias del ministro, aunque le conoció no le detuvo, antes le animó diciéndole: *Vaya vuestra excelencia con Dios, quien le guie y favorezca en aflicción tanta: la contraseña, Bruselas*. Otro menos aturrido habría aprovechado este incidente para recobrar su serenidad, y proceder con mas cordura; pero el temor no le dejaba discurrir y fué á llamar á el dormitorio del noviciado, donde ya los monges jóvenes estaban durmiendo. El inalterable silencio que constantemente se guardaba en aquel lugar interrumpido por los golpes que daba Valenzuela, despertó á los monges que le acogieron llenos de interés; pero el sitio era poco seguro y los jóvenes eran los menos á propósito para poderle proporcionar otro mas oculto, porque eran los que menos conocían el monasterio. Sin embargo deseosos de salvarle, salieron cuarenta monges que había en el dormitorio acompañándole, y resueltos á defenderle á todo trance. Tan imponente grupo se encaminó hácia la biblioteca, y en una celda inmediata (ahora se llama la de Juanelo) le escondieron encima del cielo de una alcoba, colocando un cuadro delante de la ventana por donde había entrado.

Muy satisfechos de la seguridad del sitio donde le habían escondido, se volvieron á su dormitorio, pero su demasiado celo les había hecho traición. Los centinelas que á hora de la noche tan desacostumbrada vieron un grupo de tantos monges, se extrañaron, los siguieron con sigilo y observaron el sitio donde entraron, de todo lo cual dieron parte al duque, que mandó doblar las centinelas, y multiplicarlas en las inmediaciones de la celda que le habían indicado. También el duque dijo luego, que un criado del monasterio que tenía el cargo de guarda-almacen y fontanero, llamado Juan Rodríguez, le había dado aviso de este último escondrijo donde los monges habían colocado al pobre Valenzuela (1). Con estos datos en la madrugada del viernes 22 de enero se fueron derechamente al lugar donde estaba escondido, y sin resistencia alguna entraron en él. Encontraron al pobre marqués pálido, despavorido y medio desnudo, particularmente una pierna tenía sin media ni zapato. Los alguaciles de córtese apoderaron de su persona, y sin permitirle que se acabase de vestir le condujeron rodeado de soldados al alojamiento del duque, que le trató cortesmente, y en aquel mismo día salió con el preso y parte de la tropa, y llegó á las Rozas, donde se detuvo hasta dar parte á don Juan de Austria, que se hallaba en las inmediaciones de Madrid. Al momento recibió orden de S. A. para conducir á Valenzuela al castillo de Consuegra donde quedase incomunicado y en estrecha prision, y su orden fué cumplida al momento.

Don Antonio de Toledo había quedado en el Escorial con alguna fuerza, con el encargo de recoger todo cuanto

pertenecía al marqués de Villa-Sierra. Apenas el duque de Medina Sidonia había salido del monasterio, los soldados penetraron en la habitación de palacio donde doña Maria de Uceda, desgraciada esposa del ministro, estaba en cama á causa de estar embarazada y no muy buena. Desnudos aquellos hombres de los sentimientos de humanidad y sin guardar ni aun la decencia debida á una señora, profirieron contra ella mil denuestos insultantes é infinitas palabras groseras é indecentes; registraron las almohadas y colchones de la misma cama en que estaba acostada, y robaron varias ropas y alhajas que hallaron á mano. Tanta barbarie y grosería unida al disgusto que la produjo la noticia de que su esposo había sido preso, produjeron á la afligida señora un flujo espantoso, que la puso en eminente peligro de muerte.

En este estado la encontró don Antonio de Toledo cuando fué á apoderarse de sus baulles, papeles, alhajas y cuanto tenía. Ni la memoria de la noble y esclarecida sangre que circulaba por sus venas, ni el estado peligroso de doña Maria, ni las condiciones de caballero le impidieron entregarse á los excesos de la mas atroz venganza. La noble señora no mereció ni un saludo, ni una atención, ni una sola palabra de consuelo. Vió arrebatarse implacablemente sus baulles, sus alhajas, sus papeles y hasta sus ropas, dejándola en el mas completo abandono y desconsuelo. Los efectos todos fueron por orden del mismo conducidos á la procuración del monasterio, donde ciego de furor y sediento de venganza se puso él mismo á descerrar un cofre. El respetable prior que se hallaba presente, lleno de energía se opuso abiertamente, diciéndole, que lo que hacía era acción baja é indigna de un caballero, y lo suplicó se contuviese hasta recibir orden del rey, que le autorizase al efecto. Esta dura represión produjo su efecto; don Antonio se contuvo, y todo lo que pertenecía á Valenzuela permaneció en depósito, hasta que vino orden para que en unas galeras fuese todo conducido al palacio del Buen Retiro, donde á la sazón estaba el rey.

Al día siguiente 25 de enero, marchó el prior para Madrid á dar cuenta á S. M. de todo lo ocurrido. Con su acostumbrada amabilidad y cortesía se despidió de don Antonio, el cual le dijo: *Vaya vuestra reverendísima con Dios pero le suplico hable á S. M. de suerte, que no nos echemos á perder unos á otros desmintiéndonos*. Fray Marcos únicamente le contestó: *S. M. sabrá el modo como he cumplido mi deber, y sus órdenes y se retiró en seguida*. Conocido ya el carácter de Toledo fácilmente se comprende que quedaria muy resentido del prior, y por lo tanto comenzó á esparcir las calumnias mas groseras, diciendo que fray Marcos era enemigo del rey, y que le acusaria de monedero falso, pues buscando á Valenzuela había encontrado los troqueles. ¡Hasta que bajezas descende el hombre colérico y vengativo!...

#### IV.

El mismo día 25 de enero, en que el prior fué á Madrid á dar cuenta de lo acontecido en el Escorial, había también entrado como en triunfo don Juan de Austria, y el aspecto de la corte había cambiado enteramente. La reina madre no había tenido el consuelo de ver á su hijo desde el día que se había marchado al Buen Retiro: los amigos y favorecidos de esta señora eran perseguidos por todas partes, y el mismo rey parecia haberse olvidado hasta de su madre, que cuando salió como desterrado á Toledo llevó el desconsuelo de no habérsele permitido despedirse del rey. ¡Hasta tal punto habían llevado las cosas don Juan y sus partidarios!

Aunque fray Marcos conocía esta nulidad del soberano no creyó sin embargo que hubiera podido olvidar el interés y emoción con que aun no hacía un mes le había encargado salvarse á Valenzuela, pero se equivocaba. El rey al ver el prior le dijo con sonrisa: *¿Qué? ¿Le cogieron?—Le*

(1) Pocos días después de la prision, este mismo Juan Rodríguez al salir del mismo escondrijo para reconocer las vigas del claustro de la Biblioteca que se estaba componiendo, cayó, y aunque apenas hay doce pies de altura quedó muerto en el acto. La generalidad mira con este acontecimiento como un castigo del cielo por su soplonería.



cogieron, señor, contestó con sentimiento y vergüenza, refiriéndole en seguida sin omitir ninguna de las circunstancias todo lo ocurrido. Esperaba fray Marcos como era regular, que lo de la excomunión, la irreligión de los soldados, y la profanación del templo llamarían la atención del monarca y aplaudiría ó vituperaría su celo y firmeza. Pero cuán lejos estaba Carlos de ocuparse de esto! Lo que le hizo repetir fué el catálogo de las provisiones de boca que había metido en el escondite de Valenzuela, y sin duda encantado de la abundancia y buena calidad de ellas exclamó: *¡Válgame Dios! ¿Qué le movió á salirse de allí? Dime, añadió luego, ¿Y la esposa de Valenzuela?—Se ha venido ya á Madrid, y yo señor me atrevo á suplicar á V. M. se digne ampararla á ella y á su desgraciado esposo. —A él nó á su muger sí.—Señor, ¿y será posible que se olvide V. M. de su desgraciado ministro?—¿Creerás que ha habido una revelación de una sierva de Dios, en que daba á entender habían de prender á Valenzuela en el Escorial? Fray Marcos ya no pudo llevar con paciencia tanta tontería, ni contener su natural pronto y le dijo: Mas bien será revelación del demonio que no de Dios; y no crea V. M. que defendiéndolo por interés, pues jamás he recibido de él sino esta pastilla de benjuí, y sacándola se la presentó al rey. Aparta... aparta... dijo éste retrocediendo asustado y haciéndose cruces, no la traigas contigo que será un hechizo, un veneno. Mucho tuvo que esforzarse el prior para no romper á reír á carcajadas, pero al fin era un soberano el que le hablaba, y se contentó con darle por prueba de que la pastilla ni estaba hechizada ni envenenada, que hacía mucho tiempo la llevaba consigo, y no había sentido la menor novedad, y besándole la mano se retiró.*

Don Juan después de haberse apoderado de la persona de Valenzuela, no descuidó recoger también lo que le había pertenecido, y mandó que todo el equipage que habían traído del Escorial lo llevasen al contraste de Madrid, donde fué tasado en 52,000 doblones. Esta cantidad pareció muy insignificante al ambicioso don Juan, y llamando á fray Marcos le requirió para que presentase el gran tesoro que el marqués de Villa-Sierra había llevado al Escorial. No se sobrecojó el prior con esta petición, antes con la serenidad que le daba su carácter íntegro y su conciencia tranquila le contestó; que jamás había sido depositario de los bienes que se le pedían, ni tenía noticia ninguna de ellos. Don Juan se exasperó mas con la negativa, y amenazó terriblemente al prior si el tesoro no parecía, pero sus amenazas no produjeron efecto alguno. El virtuoso fray Marcos sufrió una persecución atroz por esta causa, que sus enemigos tomaron como medio para derribarle, y empañar su acrisolada reputación y honradez. Don Juan de Austria le requirió y amenazó varias veces sobre este particular; prendieron al regalarlo del monasterio como cómplice en la ocultación de las alhajas; se registró escrupulosamente el cuarto del nuevo rezado en Madrid; y por fin fué al Escorial una visita autorizada por el general de la orden de San Gerónimo la cual reconoció escrupulosamente las celdas, papeles y demás que pertenecía al prior, y registró todos los lugares donde sospecharon se habían escondido las alhajas; pero sus investigaciones no tuvieron mas resultado que patentizar mas la virtud y desinterés del venerable prelado.

El cambio político que se había verificado en aquellos días, y los sucesos que se habían agolpado con tanta rapidez, no habían dado lugar á que nadie pensase en los sucesos del Escorial, pero luego que se fué restableciendo la calma, y se supo la escandalosa profanación de aquel magnífico templo, comenzaron todos á designar á los que prendieron á Valenzuela como excomulgados, y en todas partes eran mal recibidos ó despreciados. Quisieron los incursos destruir esta opinión, con propalar que la excomunión no tenía fuerza alguna, porque el prior del Escorial carecía de la autoridad competente para lanzarla: pero fray Marcos de Herrera les hizo ver lo contrario, y el duque de

Medina Sidonia y el orgulloso don Antonio de Toledo tuvieron que humillarse ante el prior suplicándole los absolviese, mas de ninguna manera quiso ceder insistiendo en que fuesen por la absolución á Roma.

El sumo Pontífice largamente informado por el prior y por su nuncio de todo lo ocurrido, había reprendido ásperezamente al arzobispo de Toledo, que lo era entonces don Pascual de Aragon, porque había estado meramente pasivo en asunto de tanta importancia. Quiso entonces el arzobispo, aunque tarde, enmendar su falta, y llamó á sí la causa, pero el enérgico fray Marcos se opuso, haciendo ver al arzobispo que los priores del Escorial no estaban sujetos en su jurisdicción sino al sumo Pontífice. El arzobispo empeñado en conocer de aquella causa, nombró una junta de canonistas, pero esta reconoció la justicia con que el prior sostenía su derecho, y el arzobispo tuvo que ceder. No fué mas feliz el consejo real que apuró en vano todos los recursos para sacar la causa de manos del prior, y viendo por fin que las habían con un hombre de tanto tesón y carácter y tan celosa de los derechos que á su dignidad competían, hicieron que el rey suplicase al Pontífice, para que salvos siempre los derechos del prior del Escorial, cometiese el conocimiento de aquella causa al arzobispo de Toledo. Hizolo el rey y el sumo Pontífice después de haber escrito al reverendísimo padre fray Marcos alabando su celo, constancia y justo proceder, y dándole gracias por su valor en sostener la inmunidad eclesiástica, accedió á la súplica del rey.

Vino en efecto el brebe solicitado, pero cuando ya no pudo tener efecto porque á los pocos días murió el arzobispo. Desesperados estaban los excomulgados, viendo que no podían salir de su estado, y que todos sus intentos se frustraban. Recurrieron, pues, de nuevo al consejo real que inclinó el ánimo del rey á fin de que por segunda vez suplicase al Papa remitiese la absolución al señor nuncio. Vino en ello el sumo Pontífice pero imponiendo á los incursos la obligación, de edificar en la iglesia del Escorial una capilla, correspondiente á la magestad y riqueza del templo, y que después de concluida fuesen absueltos en ella.

Mucho tenían aun que esperar los incursos para obtener la absolución, y mucho tenían que gastar si la capilla había de corresponder á la grandeza de la iglesia que tan sacrilegamente habían profanado; pero salieron del apuro echándole la carga á su débil monarca, á quien hicieron servir de redentor. Carlos II solicitó por tercera vez del Papa, que le autorizase á suplir por todos, comprometiéndose á dar una alhaja, que valiese mas que lo que hubiese costado la capilla. Se conformó su santidad con lo propuesto por el rey, mandando al nuncio recibiese la alhaja y la depositase en el Escorial, y señalase luego parage público donde los incursos fuesen absueltos y castigados.

El nuncio en cumplimiento de este brebe recibió del rey la riquísima caja de reló, que luego fué destinada á custodia ó tabernáculo de la santa Forma, (1) y depositada en el Escorial, señaló luego la iglesia de San Isidro el Real, y la hora en que los estudiantes salían de las aulas, para que los incursos fuesen absueltos y castigados. Un gentío inmenso ocupaba desde mucho antes las inmediaciones de dicha iglesia, y á la hora señalada, el nuncio de su santidad se presentó en la puerta exterior vestido de pontifical, y con el debido acompañamiento. A poco el duque de Medina Sidonia, don Antonio de Toledo, y todos

(1) Por no prolongar mas este artículo omitimos dar detalles sobre esta preciosísima caja, que era de oro, plata y pedrería, y que tenía cuatro varas y media de alta, por tres y media de circunferencia. Quien quisiere puede ver sus detalles en las descripciones del Escorial escritas por los PP. fray Francisco de los Santos y fray Andrés Gimenez. Los franceses se apoderaron de ella en la guerra de la independencia, y destruyeron aquel precioso tabernáculo, que era al mismo tiempo una belleza artística. ¡Cuántos recuerdos nos dejaron nuestros fieles aliados!....



los demas comprendidos en la excomunion fueron presentándose por su orden. Iban todos descalzos, sin capas, y puesta una camisa sobre la ropilla. Al llegar á donde estaba el nuncio se postraban á sus pies, y él los hería en las espaldas con unas varas que tenia en su mano, y luego tomándolos por el brazo los introducía en la iglesia repujándolos con ademán violento, con lo cual terminó aquella ruidosa causa y se dió una pública satisfaccion del desacato cometido en la iglesia del Escorial.

Durante estas alternativas en la causa de los excomulgados, el desgraciado Valenzuela clamaba desde el castillo de Consuegra para que se le restituyese á la iglesia á cuyo sagrado se habia acogido; pero tal vez hubieran sido vanos sus clamores si el arzobispo de Toledo no se hubiera visto precisado por las cartas del Pontífice á hacerle justicia segun la ley vigente en aquella época. Envió pues á su vicario eclesiástico de Madrid, para que sacándole del castillo lo pusiese en sagrado, como lo hizo trasladándole á la iglesia de un lugarcito inmediato, pero previniéndole que tenia que mantenerse á su costa y pagar ademas sus guardas, si queria permanecer allí. El afligido marqués contestó que le era imposible no solo pagar los guardas, pero ni aun el sustento á su costa, por cuyo motivo elegia volverse al castillo tomando por sagrado el oratorio de la misma cárcel. Allí continuó algun tiempo, mientras sus enemigos buscaban delitos para castigarle, y aunque estos jamás se publicaron, ni se dijo la causa, le despojaron de todos sus honores y dignidades, de las que no le quedó mas que el hábito de Santiago, y ese á duras penas, y le desterraron á Filipinas, donde es probable que muriese consumido de pesares y miseria.

Doña Maria de Uceda su esposa, despues de haber sufrido muchísimo, perdió el juicio hallándose en Talavera, y lo restante de su vida no fué mas que una desgracia continuada. Solo respetaron al hijo primogénito á quien concedieron el título y marquesado de Villa-Sierra, que habia tenido su padre, de quien no se volvió á tener noticia.

Todos estos acontecimientos vinieron por fin á producir una grandeza y adorno mas para el insigne monasterio del Escorial, y una joya preciosísima con que se engalanaban las bellas artes españolas y que puede decirse es una obra maestra en pintura. Carlos II algun tiempo despues de lo que llevamos referido, pareciéndole sin duda que no habia cumplido suficientemente el compromiso que habia contraído, de suplir por todos los incursos en la excomunion fulminada por el celoso fray Marcos de Herrera, mandó erigir en la sacristia del monasterio del Escorial una magnífica y costosa capilla que destinó á la custodia de la Santa Forma, y en que compiten la riqueza y el arte. En medio de los mármoles y bronceos de que está formada la

capilla, queda un claro de mas de siete varas de alto por tres y media de ancho donde están colocados el tabernáculo de la Santa Forma, y un crucifijo de bronce del tamaño natural, sostenido por dos ángeles de la misma materia. Por la parte que mira á la sacristia está ocupado este gran claro por un magnífico cuadro al óleo, el cual sirve como de cortina, y se sube y baja á torno en los dias en que se manifiesta la santa Forma. El inmortal autor de este cuadro, el famoso Claudio Coello, lo pintó con tanta inteligencia, verdad, y fuerza de colorido, que no desmerece al lado de las bellisimas y acabadas producciones de Ticiano, Rafael y Murillo. Representó en él la solemne procesion que se hizo para trasladar la Santa Forma desde el altar de las reliquias, donde antes estaba al nuevo altar de la sacristia, y tomó el momento en que el prior da á adorar tan admirable portento á Carlos II, cuyo retrato así como los de los de la familia real y caballeros de su corte, el del prior fray Francisco de los Santos, con los de todos los monges y el del mismo Coello, son modelos de exactitud y belleza. Particularmente el del prior es la verdad misma. Seis años tardó Claudio Coello en pintar este hermoso cuadro, pero aquellos seis años le adquirieron una fama, que durará á par de los siglos. Verdaderamente al ver este cuadro puede esclamarse: ¡feliz profanacion, que fué causa de que se produjese esta belleza artística!

No queremos concluir este artículo sin hacer el debido elogio de los jóvenes artistas, á quienes á fines de este año pasado de 1843, se confió la restauracion de este nunca bastante ponderado cuadro. Cerca de dos siglos de existencia, el uso indispensable que en ellos ha tenido para subirlo y bajarlo, y sobre todo, el haberle cortado por las orillas y arrollado para llevárselo los franceses, habian causado en él algunos deterioros. Ahora don Manuel Joggas, forrador del Real Museo, á pesar de la mucha estension del cuadro, lo ha forrado con tal perfeccion que no se le conoce la mas pequeña arruga ni tirantez en el lienzo; y don Nicolás Argandona y don Severiano Marín, encargados de la restauracion, lo han desempeñado con un esmero y delicadeza tal, que el cuadro de Coello ha cobrado nueva vida, y vuelve á lucir en el altar, tan lindo como cuando salió de manos de su entendido autor. El no ser artistas nos impide entrar en detalles, pero si diremos, que estos tres jóvenes artistas merecen tanto elogio por el feliz resultado de su empresa, como valor necesitaron para emprender obra de tanta consecuencia. Continúen, pues, estudiando y perfeccionándose en su carrera, y tendrán la gloria de dar nueva vida á las bellezas artísticas, que aun abundan en su patria, apesar de las muchas que se han distraído.

J. QUEVEDO.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### RESUMEN HISTORICO

#### DE JERUSALEN

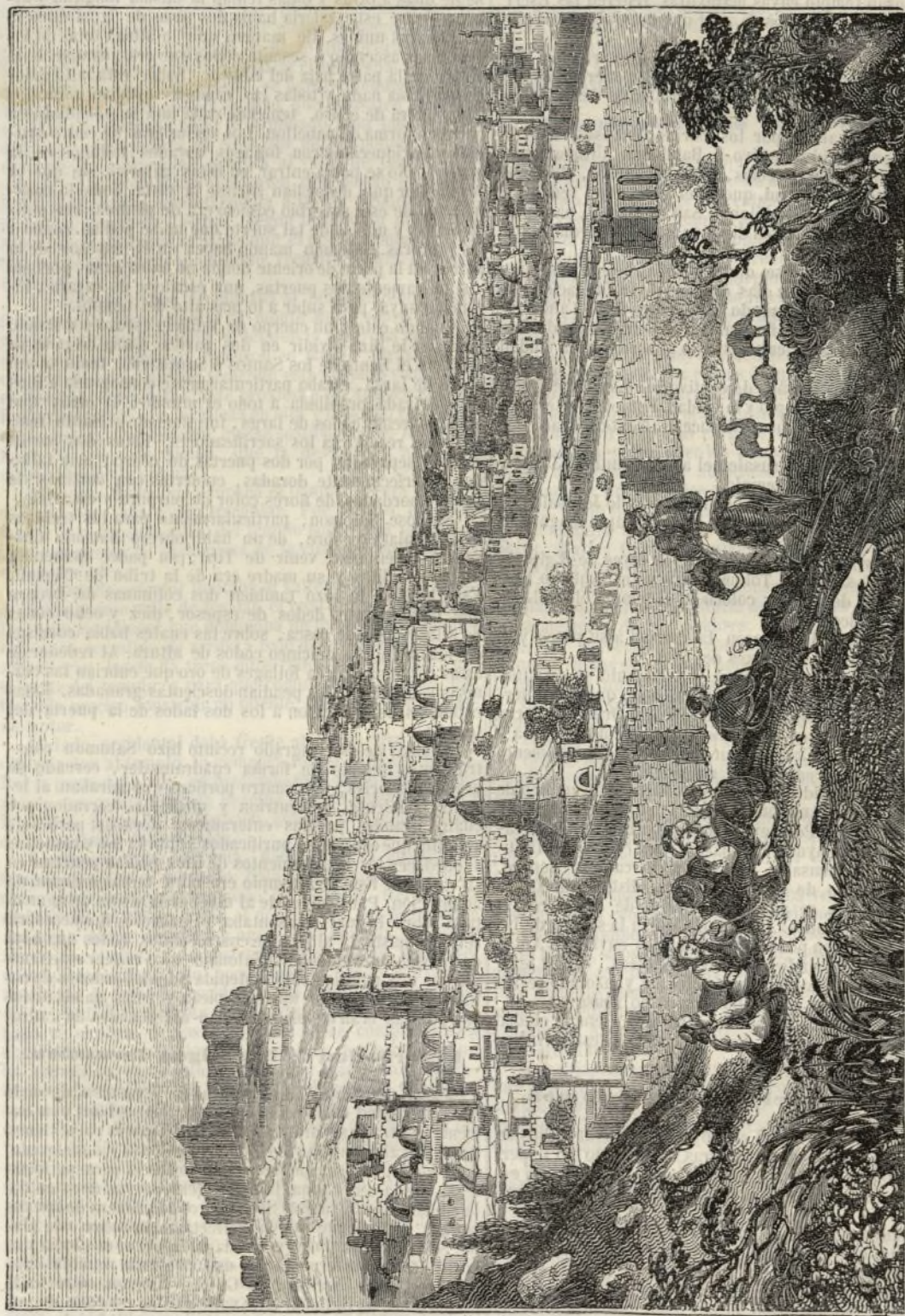
HASTA EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

**J**erusalén fué fundada en el año del mundo 2025, por el gran sacerdote Melchisedech; la llamó *Salem*, es decir la Paz, y entonces no ocupaba mas que las dos montañas de Moria y Acra. Cincuenta años despues de su fundacion, la tomaron los jebuseos, descendientes de Je-

bus, hijo de Canáan. Edificaron sobre el monte Sion una fortaleza á la cual dieron el nombre de Jebus, su padre, y entonces la ciudad tomó el de Jerusalem, que significa *Vision de Paz*. Josué se apoderó de la ciudad baja de Jerusalem, el primer año de su entrada en la tierra prometida; hizo morir al rey Adonisedech y á los cuatro reyes de Ebron, de Jerimol, de Lachis y de Egion. Los jebuseos siguieron en posesion de la ciudad alta y de la ciudadela de Jebus, hasta que David les despojó de ella 824 años despues de su entrada en la ciudad de Melchisedech.

Por orden de David se ensanchó la fortaleza de Jebus y le dió su nombre. Hizo tambien edificar sobre el monte Sion un palacio y un tabernáculo, con objeto de depositar





Vista de la ciudad de Jerusalem.



el arca de la Alianza. Salomon aumentó la ciudad santa y elevó el gran templo cuyas maravillas refieren las Escrituras y el historiador Josefo, y al que tan dulcisimos cánticos hizo el mismo Salomon.

Cinco años después de la muerte de este príncipe, Sescac, rey de Egipto atacó á Roboam y se apoderó y saqueó la ciudad, desgracia que se repitió 130 años después por Joás rey de Israel.

De nuevo asaltada por los asirios, Manasés, rey de Judá, fué conducido cautivo á Babilonia. Ultimamente, bajo el reinado de Sedecias, Nabucodonosor, destruyó completamente la ciudad, quemó el magnífico templo y trasportó los judíos á Babilonia. San Gerónimo, para pintar la soledad de Jerusalem dice que no se veía volar sobre ella un solo pájaro.

El primer templo se destruyó cuatrocientos setenta años, seis meses y diez días después de su fundación por Salomon en el año del mundo 3313, cerca de 600 años antes de Jesucristo, 477 años habían transcurrido desde David hasta Sedecias, en cuyo espacio gobernaron la ciudad diez y siete reyes.

Después de los 70 años de cautiverio, Zorobabel, empezó á reedificar el templo y la ciudad. Esta obra interrumpida durante algunos años, fué sucesivamente acabada por Esdras y Nehemias.

Alejandro pasó á Jerusalem el año del mundo 3383, y ofreció sacrificios en el templo.

Tolomeo, hijo de Lago, se hizo dueño de Jerusalem, y la respetó Tolomeo Filadelfo que hizo al templo magníficos regalos.

Antiocho reconquistó la Judea á los reyes de Egipto y la devolvió en seguida á Tolomeo Evergetes. Antiocho Epifano saqueó de nuevo y colocó en el templo el idolo de Júpiter Olímpico.

Los macabeos devolvieron la libertad á su patria y la defendieron contra los reyes de Asia.

Desgraciadamente, Hircano y Aristóbulo se disputaron la corona y recurrieron á los romanos, que por muerte de Mitridates se habían apoderado del Oriente. Corre Pompeyo á Jerusalem, introduce en la ciudad. Sitia y toma el templo y Craso saquea el augusto monumento que Pompeyo vencedor había respetado.

Hircano, protegido por Cesar se sostiene en el empleo de gran sacrificador. Antigono, hijo de Aristóbulo envenenado por los secuaces de Pompeyo, hace la guerra á su tío Hircano, y llama en su ayuda á los partos, que caen sobre la Judea, entran en Jerusalem y llevan á Hircano prisionero.

Herodes, hijo de Antipater oficial distinguido de la corte de Hircano, se apodera del reino de Judea con el apoyo de los romanos. Antigono, á quien la suerte de las armas hace caer en poder de Herodes, es enviado á Antonio. El último descendiente de los macabeos, el rey legítimo de Jerusalem, atado á una columna y azotado recibe al fin la muerte por orden de un soldado romano.

Herodes, dueño absoluto de Jerusalem, llena la ciudad de soberbios monumentos. Bajo el reinado de este príncipe vino Jesucristo, al mundo.

### Descripción del templo de Salomon.

Había concebido David el proyecto de elevar á Dios un templo magnífico, pero las guerras de su reino no le permitieron llevar á cabo su designio, cuyo cumplimiento estaba guardado para el reinado mas pacífico de Salomon, su hijo.

He aquí como el historiador Josefo nos describe este monumento que fué por tanto tiempo la gloria de Israel. «La longitud y la altura del templo son de sesenta codos. Su latitud es de veinte. Sobre este edificio se construyó otro de la misma magnitud, de modo que la altura total del templo era de ciento veinte codos. Había al rededor del templo treinta cámaras en forma de galerías, que servían

por la parte exterior de botareles para sostenerlo. Pasábase de unas á otras y todas tenían la misma longitud y altura. Sobre esta galería había dos pisos de igual número de cámaras unidas, de manera que la altura total de los tres pisos ascendió á sesenta codos que era justamente la altura de la parte baja del edificio. Sobre esta alta galería no había nada y todas las cámaras estaban cubiertas con madera de cedro, teniendo cada una su techumbre á parte en forma de pabellón. Los suelos eran de cedro bruñido y enriquecidos con follages dorados tallados en la madera. No se podía entrar en estas galerías sin que el resplandor que despedían hiriese la vista. Toda la construcción de este soberbio edificio era de piedras tan pulimentadas y unidas de tal suerte que no se podían conocer las juntas. Salomon mandó hacer en el espesor de la pared, en la parte de oriente donde no había gran portada y si únicamente dos puertas, una escalera de caracol, invención suya, para subir á lo mas alto del templo.

Cuando este gran cuerpo de edificio estuvo concluido, Salomon le hizo dividir en dos partes; á una de ellas se le llamó el Santo de los Santos ó Santuario, tenía veinte codos de larga, estaba particularmente consagrada á Dios y su entrada prohibida á todo el mundo; la otra, que tenía cuarenta codos de larga, fué llamada el Santo Templo y se reservó á los sacrificadores. Estas dos partes estaban separadas por dos puertas de cedro, bien talladas y perfectamente doradas, cubiertas con cortinas de lienzo, bordadas de flores color de púrpura y escarlata.

Sirvióse Salomon, particularmente para los trabajos de oro, plata ó cobre, de un hábil obrero llamado Chiram, á quien hizo venir de Tiro; su padre descendía de los israelitas y su madre era de la tribu de Neftalí. Este hombre le hizo tambien dos columnas de bronce que tenían cuatro dedos de espesor, diez y ocho codos de alto y doce de rosca, sobre las cuales había cornisas en forma de lis, de cinco codos de altura. Al rededor de estas columnas había follages de oro que cubrían las cornisas y de los cuales pendían doscientas granadas. Estas columnas se colocaron á los dos lados de la puerta del templo.

Ademas de este sagrado recinto hizo Salomon construir otro templo de forma cuadrangular, cercado de grandes galerías, con cuatro pórticos que miraban al levante, poniente, septentrion y mediodía, cerrados por cuatro grandes puertas enteramente doradas; pero solo aquellos que estuviesen purificados segun la ley y resueltos á obedecer los mandamientos de Dios podían penetrar en su recinto. Este otro templo era obra tambien digna de admiración. Para edificarle al nivel de la altura de la montaña sobre la cual se asentaba el primero, fué necesario rellenar hasta la altura de cuatrocientos codos una hoya de inmensa profundidad. Salomon hizo rodear este templo con una galería doble sostenida por dos órdenes de columnas de piedra de una sola pieza y estas galerías cuyas puertas eran de plata estaban artesonadas de cedro.

### Descripción de la antigua Jerusalem.

Josefo nos da una idea general de Jerusalem, diciendo que esta ciudad estaba situada sobre dos colinas una enfrente de otra, y separadas por un valle; que la parte llamada ciudad alta ocupaba la colina mas estensa y mas elevada, cuya ventajosa posición habia elegido David para su fortaleza; que la otra colina, llamada Acra, servia de asiento á la ciudad baja. El monte Sion, que es la primera de las dos colinas, se distingue todavia perfectamente sobre este plano. Su escarpadura mas marcada dá frente al mediodía y al occidente y está formada por una profunda rambla cuyo nombre en las Escrituras es Ge-ben-Hinnom, ó el Valle de los niños de Hinnom. Este valle que se estiende de poniente á levante, encuentra en la estremidad del monte Sion al valle de Cedron que se estiende de norte á sur.



Estas circunstancias locales marcadas por la misma naturaleza, no han participado en nada de los cambios que los tiempos y las guerras han podido producir en la ciudad de Jerusalem, por lo cual podemos asegurarnos de los límites de esta ciudad en la parte que ocupaba Sion. Esta es la que se adelanta mas hacia el mediodia; y no solo esta señalada de modo que no se puede estender mas por este lado, sino que aun el espacio que Jerusalem pudiera abrazar en latitud se halla determinado á un lado por el declive ó escarpadura de Sion que mira á poniente, y al otro por su estremidad opuesta al valle de Cedron y á oriente. La muralla de Jerusalem que Josefo considera como mas antigua, atribuyéndola á David y Salomon, limitaba la cresta de la roca, segun testimonio del mismo historiador, de donde se sigue que el de la montaña sirve todavia para indicar el antiguo recinto y para circunscribirlo.

La segunda colina se elevaba al norte de Sion, hacia frente por su parte oriental al monte Moria sobre el cual estaba edificado el templo, y del que la separaba una cavidad, que los asmoneos llenaron en parte, arrasando la cúspide de Acra; porque teniendo esta cúspide vista sobre el templo y estando bastante próxima á él, Antiocho Epifano habia construido una fortaleza en ella y la ocupó con guarnicion griega y macedonia, que se sostuvo contra los judios hasta el tiempo de Simon, que la destruyó y arrasó al mismo tiempo la colina.

El monte Moria que ocupaba el templo, no era al principio mas que una colina irregular. Fué preciso, para estender las dependencias del templo sobre una superficie igual, aumentar la plataforma de la cúspide con inmensas construcciones.

El costado oriental limitaba el valle de Cedron, llamado vulgarmente valle de Josafat, el cual era muy profundo. La parte meridional que dominaba un terreno muy hundi-do estaba revestido de arriba á bajo de una fuerte obra de albañileria; Josefo dá trescientos codos de elevacion á esta parte del templo; y para que comunicase con Sion habia sido preciso construir un puente, como nos dice el mismo autor.

El lado occidental daba frente al Acra, cuyo aspecto con relacion al templo, lo compara Josefo al de un teatro. Por la parte del norte, un profundo foso separaba al templo de una colina llamada Bezetha que se unió despues á la ciudad. Tal es la disposicion general del monte Moria en la estension de Jerusalem.

La famosa torre Antonia, flanqueaba el ángulo del templo opuesto al noroeste. Estaba edificada sobre una roca y fué obra en un principio de Hircano. Herodes la embelleció mucho y la dió el nombre de su bienhechor Antonio; antes de haberse agrandado Bezetha, el recinto de la ciudad no se estendia mas por la parte del norte. Descendiendo un poco hacia el sur, á corta distancia de la fachada occidental del templo, se separaba de la ciudad el Gólgota ó Calvario, que estando destinado al suplicio de los criminales no se comprendia en el recinto de la poblacion. La piedad de los cristianos no ha permitido en ningun tiempo que este lugar permaneciese desconocido, ni aun antes del reinado de Constantino, puesto que los últimos judios convertidos al cristianismo, dice San Epifano volvieron á habitar en las ruinas de Jerusalem despues de la destruccion de esta ciudad por Tito. Constantino, segun el testimonio de Eusebio, construyó en este sitio una basilica, el año 526; y aunque á principios del siglo XI Almanzor Nakimbilla, califa de la raza de los Fátimas del Egipto, hizo destruir esta iglesia, el emperador Costantino Monomaco adquirió treinta y siete años despues, en 1048, del nieto de Nekin, el derecho de reedificar la misma iglesia. Por otra parte la conquista de Jerusalem por Godofredo de Bouillon en 1093, no deja trascurrir mucho espacio de tiempo desde el accidente que acabamos de referir.

TOMO IV.

Con respecto á la parte oriental de Jerusalem es cierto que el valle de Cedron servia de límite á la ciudad. Se sabe igualmente á que atenerse en cuanto á la parte occidental, cuando se considera que la elevacion natural del terreno, que limita la estension de Sion por este lado, así como por la del mediodia, continúa prolongándose hacia el norte, hasta la altura del templo.

### Descripcion de la Via Dolorosa.

Llámase así el camino que recorrió el Salvador dirigiéndose desde la casa de Pilatos al Calvario.

La casa de Pilatos es una ruina desde donde se descubre el vasto sitio del templo de Salomon, y la mezquita construida en el lugar que ocupaba.

Habiendo sido azotado Jesucristo, coronado de espinas y vestido con una túnica de púrpura, fué presentado á los judios por Pilatos: *Ecce homo*, exclamó el juez: y todavia se vé la ventana desde donde pronunció estas memorables palabras.

A ciento veinte pasos del arco del *Ecce homo*, se muestran á la izquierda las ruinas de una iglesia consagrada en otro tiempo á Nuestra Señora de los Siete Dolores. En este sitio fué donde arrojada primero Maria por los guardias, encontró á su hijo cargado con la cruz; este hecho no se halla mencionado en los Evangelios, pero es generalmente admitido bajo la autoridad de San Bonifacio y San Anselmo. El primero dice que la Virgen cayó como medio muerta, y que no pudo pronunciar una sola palabra. El segundo asegura que el Cristo la saludó con estas palabras, *Salve, Mater*. Como se vuelve á encontrar á Maria al pie de la cruz esta relacion de los padres es muy probable y la fé no se opone á estas tradiciones, que siempre manifiestan hasta que punto la historia de la Pasion se ha gravado en la memoria de los hombres. Al cabo de diez y ocho siglos, las persecuciones continuas, las eternas revoluciones, ruinas siempre en aumento, no han podido borrar la huella de una madre que vá á llorar sobre su hijo.

Cincuenta pasos mas lejos se encuentra el sitio donde Simon Cirineo ayudó á Jesucristo á llevar la cruz.

«Cuando le conducian al suplicio llamaron á un hombre de Cirene llamado Simon, que volvia de los campos, y le cargaron con la cruz haciendo que la llevase detras de Jesus.»

Aqui el camino hace un recodo y vuelve hacia el norte, y á mano derecha está el sitio donde se hallaba Lázaro el pobre, y en frente del otro lado del camino la casa del rico avariento.

«Habia un hombre rico que estaba vestido de púrpura y se regalaba con magnificencia diariamente.»

«Habia tambien un pobre llamado Lázaro, todo cubierto de llagas, acostado en su puerta, que hubiera deseado alimentarse con las migajas que caian de la mesa del rico; pero nadie le daba; y los perros venian á lamerle sus úlceras. Sucedió pues que el pobre murió y fué conducido al seno de Abraham. El rico tambien murió y tuvo por sepulcro el infierno.»

San Crisóstomo, San Ambrosio y San Cirilo han creído que la historia de Lázaro y del rico avariento no era una simple parábola, sino un hecho verdadero y real. Los mismos judios nos han conservado el nombre del rico, á quien llamaban Nabal.

Despues de haber pasado la casa de este se vuelve á mano derecha y se toma la direccion de occidente. A la entrada de este camino que sube al Calvario encontró Jesucristo á las santas mugeres que lloraban.

«Seguíale una gran multitud de gente y de mugeres que se golpeaban el pecho y que lloraban.»

Pero Jesus volviéndose hacia ellas les dijo: «Hijas de Jerusalem no lloreis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos».

A 110 pasos de alli se muestra el terreno que ocupó



la casa de la Verónica y el sitio donde esta piadosa muger enjugó el rostro del Salvador. El nombre primitivo de esta muger era *Berínice*; después se mudó en el de *Verónica*, verdadera imagen, por la trasposición de dos letras, además la trasmutación de la *b* en *v* es muy frecuente en las lenguas antiguas.

Después de haber andado los pasos se halla la puerta Judiciaria, que era por donde salían los criminales á quienes se quitaba la vida en el Gólgota. Este, hoy comprendido en la ciudad nueva, era entonces el recinto de la antigua Jerusalén.

Desde la puerta Judiciaria hasta lo alto del Calvario se cuentan sobre doscientos pasos: aquí concluye la *vía dolorosa*, que tendrá en todo una milla de largo. El Calvario comprendido en la actualidad, como hemos visto en la iglesia del Santo Sepulcro. Si los que leen la Pasión en los Evangelios sienten una tristeza santa y una admiración profunda ¿qué será recordar estas escenas al pie del monte Sion, á la vista del templo y junto á los mismos muros de Jerusalén?

Después de la descripción de la Vía dolorosa, no tenemos mas que una palabra que decir de los demas lugares de devoción que se hallan en la ciudad. Estos son la casa de Anás el gran sacerdote, cerca de la puerta de David al pie del monte Sion, dentro de los muros de la ciudad; los armenios poseen la iglesia construida sobre las ruinas de esta casa; el lugar de la aparición del Salvador á María Magdalena, María madre de Santiago y María Salomé, entre la fortaleza y la puerta del monte Sion; la casa de Simón el fariseo donde Magdalena confesó sus culpas, es una iglesia totalmente arruinada al oriente de la ciudad; el monasterio de Santa Ana madre de la Virgen; y la gru-

ta de la inmaculada Concepción, debajo de la iglesia del monasterio. Este se ha convertido en mezquita, pero se entra en él dando algun dinero. En tiempo de los reyes cristianos estaba habitado por religiosas; no lejos está la casa de Simón.

La prision de San Pedro, cerca del Calvario. Están son las murallas antiguas donde existen aun argollas de hierro.

La casa del Zebedeo, muy cerca de la casa de San Pedro, grande iglesia que pertenece al patriarca griego.

La casa de María madre de Juan, donde se retiró San Pedro cuando le salvó el angel; hoy es una iglesia siria.

El lugar del martirio de Santiago el Mayor; en la actualidad es el convento de los armenios, cuya iglesia es en extremo rica y elegante.

Restamos decir algo de la Piscina Probática, (1) que es lo único que ha llegado á nuestros dias de la arquitectura primitiva de los judios en Jerusalén. Esta piscina es un estanque de 150 pies de largo y 40 de ancho, cuya escabacion está sostenida por paredes fuertemente construidas. Su interior está seco, y el todo casi en ruinas. Sin embargo, subsisten en la parte horizontal dos arcos que dan nacimiento á dos bóvedas que tal vez serian un acueducto para conducir, agua al templo.

Josefo llama á esta piscina *Stagnum Salomonis*. Los Evangelios le dan el nombre de Probática porque en ella se purificaban los corderos destinados á los sacrificios. Al borde de esta piscina fué donde Jesucristo dijo al paralítico: *Levántate y coge tu cama*.

(1) Véase el tomo segundo del Museo, pagina 55.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### EL MARTIR DE SEVILLA.

I.



Después que el joven rey de Sevilla, Hermenegildo, abrazó la religion cristiana por las sugerencias de su digna consorte Ingunda, públicas y ruidosas ocasiones se le ofrecieron de dar pruebas al mundo de la constancia de su fé. Su padre Leovigildo, rey de los visigodos, y dueño por lo tanto de casi toda la España, donde se profesaba por entonces la secta de Arrio, no pudo saber sin mucha indignacion y recelo, la mudanza de religion en su hijo: mezclándose tambien consideraciones políticas para acrecentar su cuidado, puesto que el cristianismo era la religion de los romanos, enemigos declarados de la monarquía goda. Creía el padre al principio, que los preceptos de su autoridad y los medios suaves de conciliación serian suficientes á retraer á Hermenegildo de su propósito; mas cuando se convenció tristemente de su cristiana firmeza, su cólera fué excesiva, y desde aquel momento empezó para su hijo la mas cruel persecucion. Irritado con los con-

sejos de su esposa Gosvinda, que aborrecia de muerte á su nuera, por la diversidad de religion y de caracter que mediaba entre ellas dos, y mas que todo por la envidia que tenia á sus sobresalientes prendas, resolvió el rey perseguir hasta la muerte á Hermenegildo, sino mudaba de creencia.

Entretanto el joven principe oponia solo una resistencia pasiva á las determinaciones de su padre. Abandonó á Sevilla, su ciudad favorita, por no esponer á sus habitantes á los efectos de la violenta cólera del rey, que ya venia marchando contra la ciudad. No creyéndose seguro, ni en Córdoba, ni en el mismo campamento de los romanos, se refugió por último en Oseto, plaza entonces muy fuerte; pero hasta allí le siguieron las tropas de Leovigildo: sitiaron y tomaron la plaza y cercaron á Hermenegildo dentro de una iglesia, á la que en último apuro se habia acogido con sus compañeros de religion y de infortunio. Escuchando ya los fuertes golpes que con las armas daban los acometedores contra las puertas del templo, se aprestaban los pocos en él refugiados á una resistencia tan sangrienta como desesperada, cuando fueron contenidos por el mismo Hermenegildo, cuyo ánimo piadoso no podia consentir que corriese la sangre, y por causa suya, dentro de aquel sagrado recinto.

—Abrid esas puertas, dijo, y pongámonos en manos de nuestros enemigos.

Abriéronse las puertas de par en par, y cuando esperaban que un torrente de fieros soldados se precipitase sobre ellos, solo vieron presentarse en el umbral un noble mancebo, que en lo gallardo y bien dispuesto solamente pudiera compararse á Hermenegildo.



—¡Recaredo!... ¡Hermano mio!

Así exclamó Hermenegildo con cariñosa espresion y estendiendo sus brazos en actitud tan angelical, que el desconocido se precipitó en ellos por toda respuesta, permaneciendo ambos hermanos unidos un corto momento. Vínculo tan inesperado de paz y de amor, hizo bajar las armas y tener suspensos á todos los combatientes de uno y otro bando.

—Ya conozco, dijo el primero, Hermenegildo, que vendrás enviado por el rey nuestro padre.

—Su mensagero soy, contestó Recaredo, y puedo promerte en su nombre el perdón y olvido de lo pasado. Ah! Hermenegildo, y que mal has correspondido á sus beneficios! Bien sabes cuanto te amaba: siendo tú todavía muy jóven, te cedió el reino de Andalucía y Sevilla, la joya mas rica de su corona, mientras que tú correspondes á su amor y munificencia, introduciendo una guerra civil y religiosa que le arrebatará sus mas ricos estados.

—¡Jamás! jamás! exclamó Hermenegildo, lejos de mi espíritu las ideas ambiciosas. El cielo me es testigo de que mi corazón está lleno de amargura, porque hayan creído que mi nueva religion me haría olvidar lo que debo á mi padre y mi rey. He salido de Sevilla para no causar su ruina, le he abandonado mis mas pingües posesiones y solo busco asilo seguro á mi persona y á mi creencia.

—Pues bien, si es cierto que no abrigas planes ambiciosos, abandona á los que te han alucinado con infames consejos y ríndete ante un padre ofendido. Tal vez sea este el unico medio de que se arreglen las cuestiones de religion, de lo contrario preveo un horrible infortunio y la maldición de un padre.....

—No, no: estoy pronto á ponerme en sus manos y sufrir resignado la suerte que me depare, sin mas exigirle que el indulto de estos infelices que han abrazado mi causa.

Siguió Hermenegildo á su hermano, hasta llegar á donde estaba su padre; mas apenas se hubo arrodillado ante el irritado monarca, cuando este dignándose apenas mirarle, se volvió hacia el capitán de sus guardias y le dijo:

—Rechila, prended al rebelde, y conducidle á una torre de mi alcazar de Sevilla.

Tiró de la espada el capitán de guardias y se llegó á Hermenegildo; pero este no opuso la mas mínima resistencia y se entregó al capitán despojándose antes de sus insignias. Recaredo fué el que se interpuso y adelantándose hacia el trono, exclamó:

—¿Qué es esto, padre? ¿Es digna de vos esta conducta? pero Leovigildo gritó arrebatado de enojo:

—Callad principe ¡vive el cielo! si no quereis acompañar á vuestro hermano en la prision.

## II.

Hermenegildo era, segun dicen los historiadores, el principe mas cabal de su tiempo: bello, afable, espléndido, inteligente y virtuoso, tenía ademas cierta gracia para ganarse los corazones, y sin embargo, tan grande era entonces su infortunio, que nadie se atrevía á llegarle á él para darle consuelo. Ni era esto tampoco muy fácil, porque aquel jóven nacido en el mismo trono, mecido en cuna real y educado con todo el esmero y regalo de la corte, como heredero presuntivo de la corona, se hallaba entonces encerrado en una fuerte torre, donde se custodiaban los reos mas importantes, tendido en el inmundo suelo de un oscuro calabozo, mal vestido, abandonado, y temiendo que la cuchilla del verdugo cayese sobre su cabeza. Resuelto no obstante á sacrificarse en la flor de su vida por la fé de Jesucristo, no lamentaba la pérdida de su corona, olvidado como estaba de todas las honras y placeres que acompañan á la soberanía, y solo se acordaba de su esposa y su tierno hijo, cuya si-

tuacion si él llegaba á morir, le hacia derramar lágrimas amargas. Habia tomado sus disposiciones, para que pasando á el Africa aquellas dos prendas de su cariño, se pudiesen fuera del alcance de la ardiente persecucion de sus enemigos; mas no sabía el desventurado principe si este objeto se habria conseguido. Esta incertidumbre aumentaba la tristeza de su situacion aun mas que el horror del calabozo, en el que penetró al fin un anciano venerable, cuando el preso mas atormentado se hallaba por la efervescencia de sus ideas. Alzó Hermenegildo la cabeza y reconoció al santo prelado Leandro, su amigo, su pariente y aun su catequista espiritual. Con acento de sorpresa y alegría exclamó:

—¡Sois vos, padre mio!... ¿Al fin puedo veros antes de espirar?... ¡oh felicidad!

El eclesiástico respetable procuraba ocultar su dolor y sus lágrimas mientras que estrechaba contra su pecho la cabeza de Hermenegildo. Despues sentándose á su lado le habló de esta manera:

—No creo que vuestra muerte esté tan proxima como suponeis; mas si la voluntad del Señor es llamarnos pronto á si por medio de una muerte gloriosa ¿os hallais dispuesto á hacer que sea digna de vuestra santa vida?

—El que murió por mí en una cruz, me dará fuerzas para que yo pueda morir por él.

—¿Y perdonareis como él á vuestros enemigos?

—Si, padre mio, con toda mi alma.

—En tan heróicos sentimientos venia yo á confirmaros; aunque nunca dudé que sabrais con firmeza sostenerlos.

—¿Si supierais?... Han venido á ofrecerme la libertad, la corona y aumento de estados, si abandonaba mi religion.

—¿Y vos, qué habeis respondido?

—He rechazado con indignacion al herege obispo que vino á proponerme tan infame apostasia.

—¡Insensatos! ¡Habrian llegado á creer, que por ceñiros una corona caduca y perecedera, perderiais otra eterna é inmarcesible!

—Mas decidme, amado Leandro, ¿por qué tanto me persiguen? ¿Juzgan por ventura incompatibles los dogmas de la religion que he abrazado, con el rendimiento y obediencia que debo á mi legítimo señor?

—El miedo de todo sospecha, y temen que á favor de la nueva religion que tantos y tan nobles prosélitos cuenta, os ganareis los ánimos y os formareis partidarios para colocaros solo en el trono. La obstinada ceguedad de Leovigildo le hace juzgar tan mal de vos y rechazar el influjo de la fé católica, la que aun por razones políticas seria utilísima para dar fuerza y unidad á la monarquia. ¿Quién sino el cristianismo podrá templar la fiera del carácter de los godos y demas pueblos invasores, haciendo olvidar al mismo tiempo á los antiguos súbditos de Roma el resentimiento de ser vencidos? Solo la caridad evangélica podrá establecer lazos de fraternidad entre la superior inteligencia de los unos y la rudeza y ferocidad de los otros. He aqui que intereses políticos mal entendidos, mas bien que el celo de religion, serán la causa de vuestra ruina.

—Si; pero antes de que esta llegue, quieren atormentarme separado de mi esposa, entre las paredes de esta prision tan lóbrega y aborrecible. ¿Si supierais cuanto horror me causa?

—A el varon virtuoso solo causa horror el crimen. Los castigos con que los malvados persiguen y sonrojan á la virtud no pueden intimidar al que vive con la conciencia tranquila y nunca transige con los vicios de sus perseguidores. Procurad no incurrir en la indignacion del Señor, y no cuideis de vuestros enemigos. Si sois tan feliz que el cielo quiere probaros, dadle gracias y confirmaos en la virtud, aunque os atraiga el odio y la persecucion de los hombres ¿Qué son los peligros para el que tiene la conciencia tranquila? ¿Si cuenta con este apoyo, decidme,



qué son para él la injusticia y rencor de sus perseguidores?

—¡Oh! padre mío, exclamó Hermenegildo, grande es vuestro poder y sublime la eficacia de las máximas morales de una religion divina. En ellas y en vuestras palabras reside una suavidad melancólica que llena mi alma de alegría y de esperanza. Desde que os he visto en esta prision, mi pecho acongojado ya siente algun alivio, y al escuchar vuestras palabras me siento con mayor fortaleza, para sostener todo el peso de mi infortunio.

—Yo volveré á consolaros, á pesar de la esposicion y dificultades que hay en penetrar hasta aquí. Volveré, si, y juntos pediremos á Dios que ilumine á nuestros enemigos.

—Esperad, señor, tal vez será esta la última vez que nos veamos y quiero aprovechar el socorro que el cielo me envia.

Entonces hincando sus rodillas sobre las losas del pavimento, confesó toda su vida de candor y de inocencia al respetable sacerdote, que conmovido á vista de tantas virtudes y de la escelsa magnanimidad de su penitente, levantó su diestra para darle su bendicion, haciendo que con ella bajasen sobre el desgraciado principe todas las gracias del cielo.

### III.

¡Cuan grande es el poderio de la religion, para mitigar las penas de aquellos que tienen fé en sus dogmas consoladores! de aquellos que solamente en las ideas de inmortalidad, ya encuentran una recompensa anticipada de las amarguras de esta vida! Tan halagueñas esperanzas de cristiana resignacion hacian sonreír al santo Hermenegildo á vista de la muerte y hacian que durmiese tranquilo, entonces que el hacha del verdugo estaba pendiente sobre su cabeza.

Seria poco mas de la media noche del Sábado Santo 15 de abril del año de 586, y en medio del silencio general, solo se percibia el sordo murmullo de las ondas del Guadalquivir, que rozaban al pasar los sólidos cimientos de la antigua torredonde estaba custodiado Hermenegildo. A el pálido reflejo de un debil rayo de luna que entraba por una de las troneras de su prision, se distinguia al virtuoso mancebo, tendido en el suelo sobre una grosera cubierta. Dormia; mas con sueño apacible, su corazon palpitaba sereno, su respiracion era sosegada y cierta sonrisa vagaba en sus labios entreabiertos. Parecia que algun sueño delicioso ocupaba su imaginacion, y asi era efectivamente.

Sonaba hallarse en una fértil campiña, poblada de odoríferos y frondosos vegetales, surcada por arroyuelos de agua cristalina é iluminada por un sol resplandeciente. Las aves gorgceaban allí con nueva melodia, amenizando tambien aquella deliciosa mansion su esposa Ingunda, cuya dulce imagen le parecia tener á el lado. Como si todas aquellas bellezas de la tierra fueran todavia insuficientes á los deseos del mancebo, levantaba los ojos al cielo donde preveia una ventura inalterable. De improviso un ángel revestido con una rozagante túnica y con alas matizadas de oro, bajó y puso en sus manos una palma, remontándose despues hácia el cielo. Cuando ya estaba muy alto, volvió la cabeza como para llamar á Hermenegildo que aun le contemplaba absorto desde la tierra; pero que hizo un movimiento cual si intentase seguirle, pareciéndole quese hallaba con otras fuerzas y ligereza.

Este movimiento ó el rumor que entonces se escuchaba hizo despertar al prisionero. Los pasos, el language de los que se acercaban á su calabozo y el rojizo resplandor de las teas que entraba por las rendijas de la puerta, le hicieron conocer que era llegada la hora de su martirio. Preparose por lo tanto á recibirle con valerosa resignacion, puestas las rodillas en el suelo, con la dulzura en los ojos, el fervor en el corazon y las manos cruzadas sobre el pecho.

Entraron los verdugos, y sin hablarle una palabra, cumplieron las bárbaras órdenes que traian, derribándole sin vida á sus pies, de un fuerte hachazo que le descargaron en la cabeza.

Cuando el respetable Leandro volvió á la prision, halló franca la puerta: entró estremecido y el cuerpo de Hermenegildo recientemente asesinado fué lo primero que se ofreció á su vista. Se arroja trémulo sobre el sangriento cadáver, le baña con su copioso llanto y se abandona á su extremo dolor. Ya algo desahogado y fijando sus turbados ojos en las manchas de sangre que enrojecian el suelo, exclamó en tono profético:

—¡Sangre preciosa! ¡Sangre del justo!.... tú serás fecunda.

El presagio de San Leandro se ha cumplido. La sangre de San Hermenegildo, llenó despues de angustia y causó crueles remordimientos á su padre. Fué tambien causa de la conversion de su hermano Recaredo á la fé católica, que desde aquel célebre monarca no ha faltado en el trono de nuestros reyes.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### DE LA SEMANA SANTA EN TIEMPO DE FELIPE II.

No se crea que bajo este título vamos á describir todas las costumbres civiles y religiosas del siglo XVI relativas á la Semana Santa; nuestro objeto hoy, es aclarar el curioso documento que insertamos á continuacion, sin que por esto queramos escusarnos de hacer una reseña de las prácticas religiosas que ha habido en España: y de las cuales se conservan todavia muchas en esta época del año.

Suele ser comun achaque á las generaciones caducas declamar contra las costumbres de las generaciones nue-

vas, teniendo á su época por la mejor, y descargando contra estas el azote de la critica mas injusta. Algunos viejos se consuelan con la memoria de lo pasado, y recordando lo bueno de sus floridos años, olvidan facilmente, ó fingen haber olvidado, cuanto pudiera atormentarles ó echárseles en cara por los jóvenes, á quienes les ponen siempre delante las virtudes de sus años juveniles, para reprehender lo que ellos llaman disolucion, libertinage é irreligion. Si por las narraciones de los viejos que se han seguido de generacion en generacion, desde el principio del mundo hasta nuestros dias, se hubiese de juzgar del estado del pasado y del futuro, aquel seria cuanto mas remoto mas feliz y virtuoso, y este mas depravado cuanto mas lejano, de suerte que la civilizacion, lejos de dulcificar las costumbres, que es su santa mision en nuestro concepto, las corromperia y desordenaria conforme se fuese esten-



diendo. Empero por fortuna el mundo sigue su curso natural, y á pesar de los vaticinios de los viejos, la civilización aminora los horrores, nos acerca mas unos á otros, nos hace mas humanos, y sino mas religiosos, que así lo creemos, á lo menos no tan hipócritas. Para convencernos de que las épocas antiguas no fueron mejor que las modernas, y si mucho peor, no tenemos mas que retroceder á la primera época de la existencia del mundo, y veremos que cuando no habia en él mas que un hombre y una muger, ya existia entre ellos un atroz delito de desobediencia é ingratitude. Solo habia tres hombres y ya se contaban un viejo perjuro, un fratricida y un inocente sacrificado. La irreligion, la ingratitude, el asesinato y todos los vicios y delitos juntos nacieron con el hombre; este los alimentó con esmero, y solo el tiempo y la civilización han podido y pueden minorarlos: en todos tiempos hay buenos y malos. Dejando aparte reflexiones que pudieran llenar tomos voluminosos, y descendiendo desde tal altura á los tiempos de Felipe II, daremos razon de una costumbre que entonces estaba admitida, y que hoy no se toleraria por nosotros, apesar de que se tiene á aquella época por el modelo de la santidad y religiosidad española, y á la actual por la mas impia é incrédula, sin otro motivo que no ser los jóvenes tan fanáticos ni tan hipócritas.

La Semana Santa, en el siglo XVI, se celebraba en Madrid con gran ostentacion, y era la época del año para la que las damas y los galanes hacian mas gastos, puesto que era costumbre presentarse con mucho lujo y una de las festividades en que la voluble moda, algo mas sentada entonces, cambiaba sus galas, si bien no del todo como sucedió en la del Corpus-Cristi, dia en que la famosa TARASCA, vestida por las mas afamadas modistas, que turnaban en este servicio, afirmaba la nueva moda, así como los GIGANTILLOS declaraban en los suyos el traje mas elegante que debian usar los galanes. El Domingo de Ramos muy de mañana, se dirigian las señoras acompañadas de sus padres ó dueñas y de sus pages, á la iglesia parroquial de su distrito. En la puerta de la iglesia se hallaban los hortelanos, estereros y jardineros valencianos, con grandes haces de palmas sencillas, y otras entretejidas, ya entre sí, ya con rosas artificiales, y los labradores con montones de romero y ramos de oliva. La elegancia era comprar la palma antes de entrar en el templo; y los galanes que no se descuidaban en hallarse prontos al lado de sus queridas, corrían presurosos á entregarlas palmas que tenian compradas de antemano. Este acto daba lugar á vistosas escenas, y á no pocas pendencias, pues solian llegar á ese tiempo los obsequios de dos amantes, á hacer el regalo á una dama desconocida, creyendo ser su dama, ó á ver la privilegiada fineza que se daba á una rival, lances muy posibles y nada estraños puesto que las damas llevaban echado el manto y debian conocerlas los galanes sin que se descubrieran mas que el medio rostro, si es que no las conocian por el traje ó por los pages. Tomadas las palmas, las entregaban las damas á los pages ó á las dueñas, y ellas y ellos llevaban en la mano un ramito de romero y de oliva. De este modo se daba un paseo al rededor de la iglesia ó por su calle, y en Toledo, Burgos y Sevilla al rededor de la catedral, sitio de mas tono. Luego que tocaban á los santos oficios, se dirigian á la iglesia, y en el acto de la bendicion de las palmas, las tomaban las damas en las manos y las levantaban en alto acompañando la procesion. Concluidos los oficios era muy galante el llevar el galan la palma bendita á casa de su dama y atarla á su balcon, ó á su reja, con cintas de seda, en cuyos colores se conocia si era ó no correspondido ó si lo esperaba. Si las cintas eran encarnadas, manifestaban que era amado, si negras que le habian dado calabazas pero que moria por ella, y si verde que tenia esperanza: de esta usaban casi todos los amantes correspondidos en señal de humildad y modestia. Cuando las cintas de la palma eran blancas, manifestaban haberse tomado

la palma bien para algunos niños, bien para algunos viejos, ó para alguna doncella que se hallaban sin galan, razon por que los jóvenes, no comprometidos, paseaban este dia las calles, por ver si se hallaba una hermosa á quien esclavizarse ó si la que les tenia hechizado el corazon tenia libre el suyo. Las doncellas la tarde de este dia generalmente no paseaban, y si no hacia mucho frio, salian sin manto á los balcones. Esta costumbre, particularmente la de las cintas, se usaba tambien entre la gente del pueblo. Cuando el amante no entraba en casa de su querida ó era aborrecido de los padres, la dama solia atar su palma al balcon con la cinta blanca, ó con otra de color no significativo.

El Miércoles Santo por la tarde, el paseo de tono era las puertas de las iglesias ó sus cementerios y lonjas emberjadas; allí tenian efecto las citas amorosas, pero en estos paseos las doncellas llevaban echado el velo. Cada dama llevaba una bonita matraca de maderas finas, con aldabas de plata ó de laton y aun algunas hasta de oro, y este lúgubre y bronco instrumento era, generalmente regalado por los galanes, que hacian aguzar el ingenio á los carpinteros y tallistas para que las hiciesen de formas elegantes y de geroglíficos sacro-profanos, que al propio tiempo que aludiesen á la santidad de la semana, manifestasen su pasion; de aqui la union de las flechas de Cupido con los clavos del Señor, ó de la corona de espinas con la florida guirnalda de Venus. Esto no parecia mal en aquellos tiempos religiosos y escandalizaria ahora que se dice no serlo tanto.... Empezados los oficios, entraba todo el mundo en la iglesia, y en una amena tertulia, por decirlo así, se pasaba el tiempo, en amorosos coloquios tal vez, hasta que era tiempo de que las damas sonasen las lindas matracas y los jóvenes golpeasen los confesonarios, á lo que se refiere la siguiente estrofa de una composicion de Andres Gomez Riberano, poeta del reinado de Carlos V, que poseemos entre otras muchas suyas.

Las damas con sus matracas  
los azotes semejaban  
y los homes golpeaban  
confesonarios ó estacas.

Lo que llevamos dicho, si bien no está muy conforme con la autoridad y caracter que se dá á aquella famosa época, sin embargo no es de tal naturaleza que escandalice; empero los excesos del Jueves y Viernes Santo, parece imposible se tolerasen ni un solo dia en pueblos cristianos y hoy no podrian cometerse sin ser bien escarmentados los delincuentes, apesar de no haber, como entonces, un tribunal sanguinario y feroz que vele sobre las creencias para castigar al que ofenda la religion de Cristo.

Luego que se ponía el santo monumento, al que asistian con gran lujo los fieles, como si en vez del ayuno se prohibiese este, y fuera encomendada la gula, se situaban en las puertas de los templos confiterias ambulantes, tiendas de vinos, panerías, buñoleras y otros puestos de comestibles, de suerte que mas que un dia de contemplacion parecia un dia de feria. En las tribunas de los señores y en las sacristías, se aderezaban suntuosas mesas que llamaban COLACIONES, en las cuales era costumbre beber, los que salian de velar al Santísimo, vino mezclado con agua y azucar, y por la noche hacer la colacion los sacerdotes y devotos que se quedaban toda la noche á la santa vela. Como los monumentos estaban encendidos durante la noche y las iglesias abiertas, y hubiese la costumbre de visitarlos despues de puesto el sol, siendo de mucho tono el hacerlo muy tarde, los jóvenes se aprovechaban del uso para cometer mil tropelías é irreverencias. A pretexto de colacion los señores en las tribunas, y los eclesiásticos en las sacristías, tenian escandalosas francachelas que muchas veces fué preciso sofocar, no sin haberse faltado al decoro de



la casa del Señor. Siguiendo este mal ejemplo los fieles compraban confituras y otros comestibles en las puertas de los templos y dentro comían sin respeto ni reverencia al Señor, razón que movería al citado Riverano a decir hablando de esto:

El escándalo ha llegado  
en España á tal fomento,  
que en banquete descarado  
se convierte el monumento  
de Cristo sacramentado.

La costumbre de comer estos días en el templo la refiere también Vargas en una composición, en la que entre otras cosas dice:

Fui á la iglesia con las niñas  
el día de Jueves Santo  
y acallamos nuestro llanto  
empapándole en rosquillas.

El misero en otra composición dice:

Ayer, en el monumento  
que ponen los mercenarios,  
cargada de escapularios  
vide á mi dueño e tormento.

Rezaba con fervor santo,  
e entre estación y estación,  
endulzaba su oración  
comiendo bajo del manto.

Viendo su tal apetito  
e deseando osequiarla,  
me solí para comprarla  
dulces de San Antoñito.

E volviéndome á su lado  
cargado de confetura,  
allí en ella mi ventura  
dempues de qu' ubo rezado,

Que luego qu' el cucurucho  
abrí para regalarla  
forcé la mano besarla  
é noz me la quitó mucho.

Era también costumbre el que velasen las damas al Santísimo, con hachas encendidas y cubiertas con sus mantos, y á las que esto hacían las llamaban *Arrebozadas* ó *Rebozadas* que quiere decir: enmascaradas ó con el rostro cubierto. Esta costumbre, muy santa, y cuyo origen fué la mas acendrada piedad, vino á desvirtuarse como todas las cosas buenas, haciéndose objeto de lujo y vanidad, puesto que se introdujo tal desorden, que llegaban los amantes hasta enamorar á las jóvenes, con quienes velaban á la par en este acto tan sagrado, ofendiendo al mismo Señor á quien pretendían reverenciar. En la procesion del entierro de Cristo, que se efectuaba al amanecer del Sábado Santo, así como en la de los pasos del Viernes por la tarde, los hombres, con las espaldas desnudas, se disciplinaban, habiendo algunos, que mas por vanidad que por arrepentimiento de sus culpas, se azotaban hasta saltar sangre, y era un acto de curiosidad, concluida la procesion, el ver sajar las espaldas á los disciplinantes, lo que hacían comunmente á la puerta del templo, tirándoles bolas de cera amasadas con vidrio en polvo, lo que servía mas de diversion que de otra cosa. En las tertulias de los días siguientes, se dirigían chanzonetas á los disciplinantes que se conocían, ó se alababa el valor y paciencia de los que á fuerza de latigazos, habían hecho correr mas su sangre: esto realizaba mucho á los jóvenes para con sus amadas. Las damas asistían á estas procesiones con el rostro cubierto, y los hombres con careta, dominó, una caperuza puntiaguda y un clarín bronco, pero sin embargo de este místico disfraz, que así como el de los nazarenos ha llegado hasta nuestros días, no impedía que se conociese á casi to-

dos los devotos por moda. Los grandes desórdenes que se cometían en actos tan religiosos, lo mucho que se ofendía á Dios en las iglesias, los días mas solemnes, fué lo que motivó la carta que insertamos, y las leyes ó bandos á que dieron lugar; pero apesar del carácter firme de Felipe II no fué posible desterrar la costumbre defendida por el fanatismo de la época, y siguió hasta fines del siglo pasado en todo su vigor, pasando alguna parte al corriente en que la ilustracion nos ha hecho, apesar de lo que se pueda decir en contrario, mas religiosos á la par que menos hipócritas y fanáticos.

En el Códice R. 78 de la Biblioteca nacional, hay una copia de una carta del rey don Felipe II al cardenal Pacheco de Toledo, arzobispo de Burgos, fecha en Madrid á 19 de marzo de 1573, sellada con el real sello y refrendada de Juan Vazquez su secretario; dice así:

«Muy reverendo en Cristo, padre cardenal arzobispo de Burgos nuestro muy caro y amado amigo: porque havemos sido informado que en los días de la Semana Santa en que con mayor respeto, devocion y reverencia se habia de estar y asistir en las iglesias y templos á las misas, sacrificios, procesiones y otros divinos officios que en ella se dicen y celebran y suelen hacer mayores escesos y pecados, y en que Dios nuestro Señor es muy gravemente ofendido, y como quiera que para preveer en ello de manera que se escusen y eviten los dichos pecados y escesos se nos escribe y encarga en otra nuestra carta de la data de esta, que nos embieis particular relacion con vuestro parecer cerca de las cosas que en ella vereis para que se pueda tomar la resolucion que convenga, los encargamos mucho que para esta Semana Santa ordeneis y proveais que en las iglesias no se consienta en ninguna manera que el Jueves ni Viernes Santo haya comidas, meriendas ni colaciones, aunque sea en las sacristias, y tribunas y que tengais mucha cuenta con ordenar y proveer que la noche del Jueves Santo en las iglesias se ponga en todas las partes de ellas que conviniere, las luces que fueren menester para que no esten oscuras y se escusen los dichos escesos é inconvenientes, y que asimismo diputeis y nombreis personas eclesiásticas y seglares de buen celo y espíritu que tenga cuenta con que no haya escesos, ni deshoñestidades en las dichas iglesias, y que también no se consientan estar en ellas mugeres rebozadas ni cubiertas, y que si algunas quisieren estar y asistir acompañando los monumentos donde está encerrado el Santísimo Sacramento estén con su rostro descubierto, y que asimismo ordeneis á los curas tengan cada uno mucha cuenta con visitar su iglesia aquella noche porque no haya en ella ningún esceso ni desorden.

Y porque para el buen efecto de ello será necesario el auxilio de la justicia, comunicareis esta nuestra carta con los corregidores y justicia de esa ciudad y de los otros pueblos de vuestra diócesis, envirtud de lo cual ó de su traslado signado de escrivano público, mandamos a los dichos corregidores y justicias que cada uno en su jurisdiccion den y hagan dar á vos y á vuestros ministros y á las personas eclesiásticas el favor y ayuda que se le pidiera y fuere menester para el cumplimiento y ejecucion de todo lo susodicho, y que si fuere necesario criar algunos alguaciles, para que en las iglesias, monasterios, y hospitales haya mejor recaudo en ello aquella noche para escusar los dichos escesos, por la presente damos comision y facultad á los dichos corregidores y justicias para que los puedan criar en el número que les pareciere, advirtiéndoles el que sean personas de confianza y rectitud, y que asimismo provean y ordenen que aquellos días y noches en las puertas de las iglesias ni en las calles y partes donde ordinariamente se suelen ni acostumbran vender golosinas y confituras y conservas y otras comidas regaladas, no se vendan ni consientan vender por ninguna manera, que así conviene al servicio de N. S. J. C. que en ello nos hareis mucho placer; y sea muy reverendo in Cristo padre cardenal arzobispo nuestro muy caro y amado amigo. Nuestro Señor en vuestra continua guarda. Madrid á 19 de enero de 1575.—Yo el Rey.—Yo Juan de los Arcos, secretario del dicho señor cardenal arzobispo de Burgos y por mandado de su Ilustrísima y reverendísima lo he hecho copiar, corregir y concordar con el original que queda en



mi poder por el dicho mandado. Burgos 28 de marzo de 1575. Juan de los Arcos.»

NOTA. Anterior á esta carta hay otra en que el rey pide al arzobispo de Burgos informe sobre este particular:

Apesar de lo que acabamos de decir, nos es preciso confesar por deber, que la España puede gloriarse con mucha razón, de haber sido una de las naciones que abrazaron primero el cristianismo, la que mas culto y veneración le ha rendido, y la única que le conserva sin hermanarle con otras creencias. En efecto, dicen los autores, que cuando vivía aun la madre del Salvador, y cuando el heroico San Pablo hacía oír su angélica voz á los corintios y tesalónicos anunciando las excelencias de la religion de Cristo, la voz evangélica alumbró la region hispana, germinando preciosísimos frutos de la sangre de los mártires que no tardó en enojecer los campos de España. La Santa Cruz de nuestra redención, fué la bandera á que se acogieron los españoles desde que se conoció la excelencia de este símbolo de la fé cristiana, y empezando la lucha contra los falsos dioses del paganismo, el triunfo de los cristianos no tardó en declararse quedando pulverizados los objetos de las gentílicas creencias. Las invasiones de los bárbaros del norte, las heréticas doctrinas de Ario y de sus sectarios, y mucho despues los hijos del *Islam*, entorpecieron la triunfante marcha del cristianismo de los españoles; pero firmes campeones y verdaderos creyentes, jamás abandonaron el terreno y con su fé y constancia, así como derrocaron los idolos, supieron pulverizar las heréticas doctrinas de los unos y el poder colosal de los *muzlimes*, quedando desde el siglo XV señores del campo y dejando á la religion de Cristo por la única del país.

Libres los fieles de todo enemigo de su verdadera creencia, por todas partes levantaron templos al Señor aumentando los muchos que ya había; se formaron asociaciones religiosas para adorar al verdadero Dios y á su santísima madre, y por último se empezó á celebrar el culto con la debida solemnidad y ostentación. La celebración de la Sagrada pasión y muerte del Salvador, fué entre todas, la festividad mas solemne que celebraron desde un principio los españoles, y por lo tanto la Semana Santa ha sido siempre en todos los pueblos la de mas movimiento religioso, y muy particularmente en las ciudades en que ha existido catedral, distinguiéndose por la suntuosidad con que se celebra, las de Zaragoza, Valencia, Santiago, Sevilla, y Toledo, en las que es proverbial la riqueza de sus monumentos y buen orden de sus numerosas cofradías.

Desde los tiempos de Felipe II hasta el día, han variado poco las costumbres religiosas de la Semana Santa en las dos citadas ciudades, si bien ha decaído algun tanto la ostentación con que entonces se presentaban en las catedrales estos actos religiosos y solemnes.

El Domingo de Ramos de que ya hemos hablado, se celebra tambien en Sevilla por la tarde, desde la época que repasamos, saliendo de la parroquia de San Martín las cofradías llevando en procesion preciosas esculturas representando pasos de la vida de Cristo, de las que la principal, figura la entrada de Jesus en Jerusalem montado en una borriquilla; inútil será decir aquí que la carrera de esta procesion ha sido siempre el paseo en este día en Sevilla, así como la espaciosa catedral de Toledo el de los habitantes de esta antigua ciudad, que se preparan en tal ocasión á la oración contemplativa á que se han de dedicar toda la semana.

Los *misereres* entusiasman en esta época, en las catedrales el alma de los fieles, pero en parte alguna se ostenta en esto mas grandiosidad, que en la de Sevilla, en la que duran una hora de reloj y en la que de antiguo se estrena cada año uno nuevo precisamente, en el que van á competencia los maestros de capilla.

Desde los tiempos de los reyes Católicos hasta principios de este siglo, la cofradía del *Cristo de la humildad*

de la preciosísima iglesia de *San Juan de los Reyes* de Toledo, hacia la procesion mas solemne que había en España en tal día, pues aunque en Santiago, Valencia y otros puntos se celebró procesion en el mismo santo día ninguna llegó á competir con esta. Los oficios reunidos en comunidad, prestaban sus intereses y asistencia á este acto con sus respectivas imágenes, y vestidos de de luto las conducian en andas sobre sus hombros teniendo á gran devoción tan pío servicio. En este concepto los albañiles y los carpinteros llevaban el paso de la *Oración del Huerto*; los oficiales del arte de la seda conducian el de *Cristo abofeteado* en presencia de *Anas*, etc., y entre los religiosos de San Francisco que eran los poseedores del espresado convento, iba el *Santisimo Cristo de la humildad*, siendo *Ntra. Sra. de los Dolores* y un *Crucifijo* los últimos pasos de esta procesion.

Si Roma señora del mundo antiguo y cabeza de la iglesia cristiana, presenta el solemne acto del Jueves Santo con ostentación, la igualan sino la esceden nuestras ciudades de Sevilla y Toledo, en cuyas catedrales se verifica la solemnisima consagración de los santos óleos, y se presentan á la vista del cristiano esos colosales y ricos monumentos que han admirado y admiran al orbe católico. Empero dejando á un lado por lo muy sabida la descripción de tan grandiosas obras, y reduciéndonos á las costumbres de este día, diremos que las procesiones de Toledo y de Sevilla el Jueves Santo, á que acompañan las autoridades de gran gala, y la concurrencia que de día y de noche llena á todas horas estos templos, son difíciles de describir, porque hacen una impresion tan profunda en el alma, que la mano no la sabe bosquejar. Las dos iglesias abiertas toda la noche, son vigiladas por dentro por los canónigos y sus subalternos y por defuera por la autoridad civil á fin de evitar todo esceso.

Las preciosas imágenes de los famosos escultores Montañés y Ramos, se sitúan en este día en Sevilla sobre las andas en que ha de llevarse en procesion, y en Toledo tiene lugar la de la Vera-Cruz, hermandad que se dice fundada por el insigne Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. Los albañiles y carpinteros, llevan en esta procesion el paso de la *Cena*, los del arte de la seda *Jesus con la Cruz* á cuestas, y á estos pasos siguen el de la elevación de la Cruz, la estatua de Moisés, al que llevaban los hermanos de San Francisco, el santo Cristo de las Aguas, y un *Lignum Crucis*.

El Viernes Santo, empieza lleno de animación religiosa en todos los pueblos de España, pues desde el amanecer se ven las calles llenas de fieles vestidos de luto que se dirigen á los templos á asistir á los santos oficios, y cuando han llenado este deber sagrado se preparan á asistir á la procesion de los pasos de por la tarde, á la del santo entierro de Cristo por la noche en muchos pueblos ó á oír el lúgubre sermon de Soledad en otros, de suerte que todo cristiano se ocupa de la oración y contemplación de la muerte de Jesus.

La procesion de Sevilla en este día, es suntuosa, tanto por la profusion de cofradías entre las que llamaban en otro tiempo toda la atención la de la *Sangre*, por lo que diremos despues, cuanto por las suntuosas esculturas de sus pasos, entre los que son famosos los del Descendimiento de la Cruz, de la Lanzada, el de la Sentencia y el de la Oración del Huerto: estos dos últimos son tambien preciosas obras que se admiran en la procesion de este día en Madrid. En Toledo, sale la procesion de la parroquia Murzarabe de Santa Justa dirigida por la cofradía de la Soledad, en la que iban antes el gremio de sastres vestidos á la antigua, y encima una túnica corta negra y un gorro piramidal con caídas que tapaba la cara á los que se denominaban por esto las *Mariquillas negras*. Entre estos llevaba uno un tamboril enlutado, otro un pito negro, y otro una bandera negra arrastrando por el suelo, en la que estaba pintado el sol y la luna rodeado de estrellas. Los



del arte de la seda acompañan á esta procesion armados á la antigua, y guiados por un *Maestre de campo*, ricamente armados con cetro en la mano y precedidos de un *Alferez* con lanza arrastrando y de un abanderado con la bandera por el suelo. Un niño con casco y armadura y un escudo y otro al cual llaman *Morriuel*, van con el rostro cubierto y con yelmo, espada y rodela, terminando este pequeño ejército el *Sargento* con una alabarda con la punta hacia abajo sin tocar al suelo. Los armados custodian el Santo Sepulcro que llevan en medio, costumbre que hubo tambien en Madrid en lo antiguo y que se ha vuelto á reproducir en la procesion del año pasado, así como los trompeteros vestidos de túnicas negra de gran cola, careta y caperuza alta, que son los que han acompañado siempre todas las procesiones de Viernes Santo.

Entre las cofradías de Semana Santa, las de los disciplinantes, llamadas de la Sangre, en Sevilla, han sido las mas célebres en todos los pueblos de España en que salian penitentes, á azotarse públicamente en estas procesiones: Madrid era uno de los mas afectos á esta penitencia, no quedando de ella mas que un pálido recuerdo en la bóveda de la parroquia de San Ginés y en algunos oratorios. Las hermandades de los disciplinantes tuvieron origen en Toledo al principio del siglo XIV en la espresada parroquia Muzárabé, y estendiéndose á Córdoba y Sevilla para los años 1561, se establecieron en San Ginés de Madrid en el de 1409. Imitando los fieles tan piadoso ejemplo, en el siglo XVI, no habia pueblo en España en donde no hubiese disciplinantes públicos en la Semana Santa. Iban estos en las procesiones desnudos de medio cuerpo arriba, y generalmente el rostro cubierto con un gorro muy alto y puntiagudo, dándose terribles disciplinazos, y admitiéndose tambien, á esta penitencia las mugeres que habian hecho alguna promesa, se tapaban el seno con pañuelos finos para evitar el escándalo; empero como no por esto dejaban de causarle particularmente en las procesiones nocturnas, á principios del siglo XVII, en que la piedad vino á caer en vanidad y desenfreno, el cardenal arzobispo Niño de Guevara prohibió en 1604 la asistencia de las mugeres á estos actos, señalando horas de día á las procesiones. No por que se quedasen los hombres solos, cesó el escándalo de los disciplinantes, pues resfriada la verdadera fé, se hizo moda el azotarse en estas procesiones, como dijimos antes, apostando al que mas sufria, y haciendo gala con sus cuerdas de hacer chorrear sangre de sus espaldas, de suerte que vino á ser un juego. Queriendo por ultimo el gobierno evitar abuso tan trascendental, prohibió de todo punto el azotarse públicamente, y las cofradías de disciplinantes se fueron deshaciendo unas, y otras se han conservado hasta nuestros dias para acompañar con luces en las procesiones del entierro de Cristo, bajo el nombre de Nazarenos.

Acompañaban estos al entierro de Cristo que salia del hospital de los Irlandeses en la calle del Humilladero de Madrid, en un principio el Viernes Santo para la noche, y despues el Sábado Santo de madrugada, vestidos con túnicas moradas y negras, con cola de tres varas arrastrando, caperuza altísima en la cabeza y que les cubria el rostro, y sogá de esparto para ceñidor. Ademas de los escudos y cetros de las hermandades, llevaban unos banderas y estandartes negros, y otros bocinas larguísimas desempladas, con las que de cuando en cuando hacian un son bronco y lúgubre, como hemos visto en la procesion de los pasos de hace dos años en que se restablecieron. Mas galantes los nazarenos sevillanos en esta procesion, acostumbraban á llevar, ocultos bajo el brazo, canastillos de confitura, con que obsequiar á las bellas que encontraban al paso y á sus amigos, en lo cual se solian distinguir los nazarenos de túnicas blancas que conducian el paso del Silencio. En esta especie de mascaradas lúgubres, los valencianos y los andaluces han sido los

que han sobresalido mas, gracias á su genio, siempre festivo, así como en lo grande de sus pasos llevados muchas veces sobre grandes máquinas, de madera, como sucede con el gran paso de la cena de los Apóstoles, en Sevilla.

Las procesiones del Santo entierro de Cristo celebrado en todos los pueblos de España, en ninguna parte, se hacian y hacen con mas ostentación que en las ciudades de Santiago, Valencia, Toledo, Sevilla y en la villa de Lebrija, empero como ya nos hayamos estendido demasiado en este artículo, solo daremos razon de las de los dos ultimos pueblos. Se celebra esta procesion en Sevilla desde que en 1582 se fundó la cofradía titulada del Santo Entierro. Los hermanos van todos vestidos de nazarenos con sus grandes túnicas negras: una porcion de niños y jóvenes de ambos sexos, acompañan vestidos de ángeles y de sibilas, conduciendo en las manos los emblemas de la Pasion y una de ellas haciendo de Verónica. Una porcion de armados á la romana, conducen en medio el Santo Sepulcro, en el que va representado el cuerpo del Señor en una buena escultura, y por último porcion de devotos y devotas siguen haciendo el duelo enlutadas completamente y escitando á la piedad con su contemplativa espresion. La procesion espresada sale en la villa de Lebrija al anochecer, desclavando antes, con toda solemnidad al Señor de la cruz, y colocándole en una rica urna, que hasta 1810 en que desapareció, fué de plata maciza y de mucho valor. La cruz en que estuvo el Señor enclavado va delante, y la santa urna custodiada por armados sigue á las cofradías de penitentes y nazarenos, debajo de un rico palio. La procesion se dirige á un hermoso patio rodeado de arcos y columnas, al que llaman de los naranjos por haberlos en él, y el cual está al lado de la misma parroquia. Llegados á él, colocan la santa urna en un esbelto templete iluminado y de ocho columnas, colocado en el medio sobre un zócalo de piedra. En cuanto se coloca la urna, se encarga de su custodia una compañía de armados á la romana que distribuye sus centinelas al rededor del templo; y colocada la comitiva en las galerías en asientos dispuestos al efecto, empieza la funcion que dura hasta la media noche, acompañando una buena orquesta las lamentaciones, el miserere y otros cantos análogos. Para esta fiesta se ilumina el templete y todo el patio con vistosos fanales que cuelgan de los arcos, y el pavimento del patio y de las galerías se cubre de yerbas aromáticas.

Si hubiéramos de describir las diversas costumbres de Semana Santa en nuestros pueblos, tanto con relacion á épocas antiguas cuanto á las modernas, necesitaríamos muchos volúmenes, pues solo las poblaciones de Andalucía, dan abundantes materiales para uno bien voluminoso. En muchos de los pueblos de este país, y de otros incluso Madrid hasta hace pocos años, se hacen á lo vivo los pasos de la Pasion y se presenta á los personajes grotescamente vestidos. Véase, por ejemplo, en Baena á *Pilatos* de chupa y casaca; en Cabra á *Longinos* con sus botas de montar, colete y gorro azul, caminando á tientas tras su lazarillo que huye de él haciendo mil muecas para divertir á la multitud. En el mismo punto se vé caminar á los profetas cubiertos con colchas y grandes caretas, á los patriarcas con coronas de latón; las sibilas con barbas y zapatos blancos, y con mantillas de sarga y coronados de cambrón á los ancianos del Apocalipsi. El sacrificio de Abraham, el desclavamiento de la cruz, así como la cena en la que se halla Judas grotescamente vestido, han sido pasos hechos á lo vivo que han llamado siempre la atención del pueblo. Por cuanto llevamos dicho no se extrañara la multitud de forasteros que acude desde muy antiguo á las espresadas villas, así como á *Rute*, *Carcabucy* y otros pueblos comarcanos de iguales costumbres; empero lo que mas llama la atención en ellos y en estas procesiones en que todos los que las componen van enmascarados, son los *judíos de Cabra*, cofradía cuyos individuos tienen que acreditar ser



cristianos viejos sin mezcla de raza infiel. Estos judíos hacen, desde muy antiguo en la Semana Santa, que prenden á Jesús llevándole en triunfo el Jueves; tienden las capas á su paso cuando figuran que entra en Jerusalem, para lo que vá el que hace de Jesús, montado en una borriquita adornada con cintas; espían á los evangelistas cuando escriben, quitándoles las plumas el Viernes para que no publiquen la doctrina de Cristo, y en fin á la órden del silbato de bronce de su gefe, van haciendo su oficio de judíos representando los actos de estos en la Pasión de Jesús.

El traje de los judíos consiste en una gran careta de horrible figura, la que termina para detras en una enorme y puntiaguda coleta, á cuyo fin llevan un gran lazo de cintas; un colete anteviste su cuerpo y sus piernas calzados encarnados con guarnicion blanca hasta la pantorrilla. Colgados de la cintura, llevan multitud de pañuelos de preciosas telas, y á la izquierda una ancha daga que desenvainan de vez en cuando para amenazar á sus enemigos; á escepcion del Viernes Santo que visten de luto, llevan medias blancas, y en las manos un rosario de cuentas muy gordas. El gefe de los judíos es oficio

hereditario de padres á hijos en una misma familia, y su simbolo de autoridad es el silbato de bronce, el que toca poniéndose para ello la careta sobre la cabeza. Los judíos jamás se arrodillan ni aun delante del Santísimo, permanecen siempre en pie y con los brazos cruzados, saliendo solo de su éstasis al sonido del silbato del gefe. Es tal la afición de los de Cabra á que haya perpétuamente de estos judíos, que dice don Antonio de la Corte y Ruano, nuestro amigo de quien tomamos estas noticias, que en las escribanías de número de Cabra se hallan bastantes testamentos con esta cláusula «Item: dejo á mi hijo N. un vestido completo de judío, y es mi voluntad que ocupe esta plaza en la cofradía á que pertenezco.»

El Sabado Santo es en todos los pueblos de gran regocijo por celebrarse en él la Resurreccion del Señor, y todos los fieles se preparan á la celebracion de la pascua. Mucho sentimos que los cortos límites de un artículo no nos dejen campo para describir las costumbres de esta época del año de los valencianos, aragoneses y gallegos, que son bastante curiosas.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.



### JUAN DE QUIROS.

Apenas habrá escritor del cual nos resten tan pocos datos biográficos como del sugeto cuyo retrato precede á este artículo. Don Nicolás Antonio le cita muy ligeramente, algunos diccionarios biográficos no le mencionan y Dávila le omite igualmente en su Teatro Eclesiástico. Mas á pesar de este olvido es indudable que en algun tiempo gozó de gran popularidad, y su retrato coronado de laurel indica á creer que ha sido uno de los poetas laureados del siglo XVI.

El único monumento que nos resta de su memoria es la *Cristo pathia*, poema sobre la Pasión de Cristo, impreso en Toledo en casa de don Juan Ferrer, año de 1532, á costa de Alonso Calleja vecino de Alcalá de Henares, y que consta de unos ocho pliegos sin foliar. En la portada del libro

TOMO IV.

se ve el retrato del poeta en la forma que le representa el grabado anterior, y en la misma se titula cura de la santa iglesia de Sevilla. Á continuacion del privilegio otorgado por la reina se encuentran dos sonetos notables por las personas que los escribieron y por los grandes elogios que prodigan al autor. El primero es del celebre *Benedito Arias Montano al retrato del poeta* (según allí está impreso) y concluye con estos versos.

Por donde está la fama aparejada  
á coronarte con tan grande gloria  
cuan grande es la empresa que tomaste

El segundo de don Juan Hurtado de Mendoza, le llama «nuestro Quiros, nuestro cristiano Orfeo.» Respetando empero en lo que es justo, los encomios de tan grandes varones, no podemos menos de conocer que ni los versos pasan de



una mediania regular ni los conceptos alcanzar á la sublimidad que empleó acerca del mismo asunto el dominico Mexia, que escribió en igual metro sobre la Pasion de Cristo.

He aquí la octava primera con que Quirós da principio á su canto, la cual citamos como muestra de su estilo.

Canla con canto triste y doloroso  
oh musa de dolor-enteneceida!  
la pasion cruda y trance presuroso,  
la muerte acerba nunca murecida

de Cristo Dios y hombre glorioso,  
que morir quiso para darnos vida  
llevando en hombros flacos y cansados  
la grave carga de los mis pecados.

Consiste pues el mérito principal de este libro en lo raro que ha llegado á ser, así como en el misterio que rodea á los sucesos poco conocidos de la vida del autor. Por esta misma razon reproducimos en el Museo el retrato de este poeta para impedir de este modo que desaparezca enteramente con los pocos ejemplares antiguos que restan de aquel libro.

## CAUSAS CELEBRES.

### ANTELMO COLLET.



bien, monseñor, dice la condesa al entrar, ¿sereis mas tratable esta mañana y consentireis en ser nuestro por algun tiempo?

—Todo el que pueda robar á los urgentes negocios que me llaman á Leon cerca de mi tío el cardenal; pero con una condicion que yo suplico á monseñor, y que cumplirá.

—Estoy á vuestras órdenes, dice el anciano prelado.

—Mi viage, replicó Collet, debe permanecer en secreto. Yo he salido de Roma solo como lo veis y sin prevenir á nadie. Tales son las órdenes del emperador. La casualidad ha querido que me incógnito se descubra por el amable recibimiento que acabais de hacerme. Consiento en detenerme aquí para rendirme á vuestra voluntad y por mi propia satisfaccion; pero si el emperador llegase á saber que en lugar de dirigirme á mi tío, me quedé aquí sin otro motivo grave, tendria derecho de reconvenirme y tal vez caeria en su desgracia. Espero, pues, monseñor, que no solamente no escribais á Francia mi llegada á Niza, sino que impidais que lo hagan los que os rodean.

—Estad enteramente tranquilo, monseñor: tengo esta mañana una junta de capitulo y voy á recomendar el silencio y el secreto. Pero ya que tenemos la dicha de poseeros ahora es menester que vuestra presencia no sea esteril para nosotros, y espero que vuestra gran señoría tendrá á bien celebrar la misa esta mañana en nuestra iglesia parroquial.

—Esto sería con placer, dice Collet, sorprendido de esta proposicion que no esperaba; pero he venido sin ninguna clase de equipage. Mi capilla ha quedado en Roma y sin mis ornamentos yo no podria....

—Monseñor habia previsto esto, dice la condesa, así es que he hecho preparar su capilla para vos y tan hermosa como la que vuestra gran señoría ha dejado en Roma; la de monseñor no es indigna de vos. Le ha sido regalada por el emperador.

—Yo me engreriría de revestir la casulla que ha llevado un prelado tan venerable, pero confieso que la fatiga del viage me impedirá celebrar esta mañana. Asistiré de muy

buena gana á la misa que tengais á bien decir, monseñor, y mañana si lo deseais, será mi turno.

—Como querais, dice el obispo: la hora de la misa vá á sonar, voy á decirla delante de vos en nuestra pequeña iglesia, y mañana la celebrareis vos en la catedral. Mis criados van á traerlos los ornamentos sacerdotales que os ha preparado ya madama la condesa, y el clero vendrá á buscaros en procesion.

A estas palabras el obispo saludó á su cólega y salió con la condesa.

Collet habia llegado á su término. Conocia muy bien que habiendo consentido en prolongar su mansion en Niza, se veria precisado tarde ó temprano á officiar. Es verdad que él habia ya celebrado la misa ordinaria; pero no se acordaba bastante de todas las ceremonias de la dicha por el obispo, que varia en algunos puntos. Tomó, pues, el partido de ver celebrar á su cólega á fin de poder imitarlo al dia siguiente.

Al momento llegaron los criados con todos los ornamentos necesarios á su vestidura pontifical. Lo revistieron de rodillas. Entre estos ornamentos habia un alba muy fina admirablemente bordada por la condesa, que suplico á monseñor la admitiese como un homenaje. Muy pronto el clero con los grandes vicarios á la cabeza vinieron á prosternarse ante él. Se hizo colocar la mitra sobre la cabeza, tomó su báculo y se puso en marcha precedido de todo el capitulo. A la puerta de la iglesia encontró al obispo, que salió á recibirlo bajo un palio y lo condujo á su trono. Principió la misa: afectando Collet una profunda piedad puso toda su atencion en todo lo que pasaba y lo grabó en su memoria para repetirlo el dia siguiente. Concluida la misa se le volvió á acompañar en procesion hasta su casa, donde se desembarazó de los ornamentos con los que no se hallaba todavía familiarizado.

Por la tarde hubo una gran comida en el palacio episcopal, á la cual asistieron todos los eclesiásticos de nombradía que se hallaban en la ciudad. Se habian quedado edificados de la piedad del obispo de Manfredonia, y quisieron saber si era tan instruido como reputacion tenia. En consecuencia despues de la comida, los teólogos mas hábiles de Niza le consultaron sobre las cuestiones que dividian en aquel tiempo al clero. Collet á pesar de la tintura teológica que habia adquirido en el seminario de los misioneros no estaba bastante instruido para contestar convenientemente, y sobre todo para discutir semejantes cuestiones. Se mantuvo primero con alguna reserva y cambió la conversacion; pero los canónigos volvieron á la carga con ahinco y de un modo tan directo que Collet no podia ya retroceder. Entonces les dijo tomando un tono grave y medio picado:



—Señores, he pasado tres meses en estudiar estas cuestiones y mi opinion está formada ya acerca de este punto; pero permitidme que no os la diga. Segun todas las probabilidades yo formaré parte en calidad de cardenal del concilio que será llamado a resolverlas, y conocéis todos el secreto que exige nuestro santo padre el papa para esta clase de cosas. Temería verdaderamente faltar de antemano al juramento que hace prestar á sus cardenales.

—Vuestra gran señoría tiene razon, dice el obispo y estos señores solo disimularán su indiscrecion en favor de la buena noticia que nos dais de vuestra próxima elevacion al sacro colegio.

—Sí, mi tío y mi primo el emperador son los que lo desean especialmente, aunque soy muy joven para entrar en este ilustre cuerpo. Queriendo tambien merecer esta dignidad en cuanto en mi consista, he formado un proyecto que puedo comunicaros, porque solo á mi concierne.

—Ah! veamos, veamos, monseñor: os escuchamos, dice la condesa acercándose á él.

—He aqui de lo que se trata, dice Collet. Recibimos algunas veces en Roma noticias de los buenos padres que han dedicado su vida á la custodia de los lugares santos. Desde algun tiempo, á pesar de la intervencion poderosa del emperador, creen los turcos poder aprovecharse de las diferencias que existen entre él y el papa y no cesan de abrumar á los padres de la Tierra Santa con continuas vejaciones: todo lo han reducido á una sola cosa: á dinero. Aniquilados los padres se han visto precisados á vender los vasos sagrados, los ornamentos, las lámparas, en fin, todo lo que tiene algun valor. Están reducidos al estado mas miserable, y para colmo de la desgracia son necesarias urgentes reparaciones para la iglesia del Santo sepulcro: no tienen con que pagarlas. Con este motivo he creido que era obra digna de un prelado levantar los muros del Santo sepulcro y volverle su antiguo esplendor. No estamos ya en los tiempos en que se predicaban cruzadas, pero estamos todavia en los que dirigiéndose á la piedad de los fieles y de los sacerdotes, se puede obtener á lo menos, dinero para una cosa tan sagrada. He resuelto pues hacer una cuestion general en todo el mundo cristiano, entregar por primera ofrenda la mitad de mi fortuna, é ir yo mismo á la Tierra Santa á llevar á los piadosos guardianes del sepulcro lo que haya recogido, y cuando haya hecho poner delante de mi los fundamentos de la nueva iglesia, subiré sin avergonzarme la escalera del sacro colegio, que mi juventud parece prohibirme ahora. He aqui mi proyecto.

—Es digno de vos, monseñor, dice el obispo, y yo no podré empeñaros bastante para que lo pongais en ejecucion.

—Y bien, monseñor, replicó Collet, ya que vuestra bondad me detiene en Niza, que yo pueda á lo menos quedar á ella reconocido, principiando aqui una obra á la cual asociareis vuestro nombre. Que desde mañana todo vuestro clero venga á traer su ofrenda, si es que tiene intencion de contribuir: yo necesito que todo el mundo me ayude, y ruego que lo hagan los que están aqui. Vosotros todos, señores, teneis la direccion de las conciencias de las familias, en las cuales no se ha extinguido toda virtud cristiana: obtendreis de ellas que se unan á nosotros y nos ayuden. En cuanto á vos, madama condesa, hareis una hechicera demandante á la que ninguna bolsa se atreverá á resistirse.

—Todo el mundo aplaudió el proyecto del jóven obispo alabando su generosidad y su valor: cada uno prometió su ofrenda y su influencia, y se separaron hechizados de la afabilidad y de la modestia de Monseñor Pascualini. Por lo que respecta á Collet, pasó una noche mas tranquila viendo en perspectiva el resultado de las abundantes cuestaciones, y la impresion que principiaba á hacer en la condesa.

—Al dia siguiente celebró solemnemente la misa en la catedral á presencia del obispo y del capituló. Se amonto-

naba la gente á la puerta para ver á este prelado, de quien se ocupaba todo el mundo. Salíó de la iglesia por medio de dos alas de fieles que se arrodillaron para implorar su bendicion: volvió á entrar en su casa como el dia anterior, escoltado procesionalmente por todo el clero é hizo distribuir á su paso abundantes limosnas á los pobres que alargaban la mano. Despues de mediodia recibió á todas las autoridades de Niza y á la mayor parte de las personas de distincion que se apresuraron á tributarle sus homenajes; pero fatigado de estos recibimientos ceremoniosos, hizo cerrar su puerta á las gentes de fuera y se retiró á su oratorio bajo pretexto de hacer su rezo. Apenas se hallaba alli cuando la condesa se presentó á él con un paquete de cartas en una mano y una bolsa en la otra.

—Perdon, monseñor dice al entrar, perdon si os interrumpo en vuestras devociones; pero acaban de traer para vos cartas que dicen ser muy urgentes, y yo misma esperaba con impaciencia el momento en que estuvieseis solo para ser la primera en entregaros mi ofrenda y en asociarme á vuestra piadosa obra.

—Le presentó al mismo tiempo una elegante bolsa que contenia cincuenta napoleones.

—Acepto con gusto, madama, dice Collet tomándola en sus manos, convencido que vos nos traereis la fortuna. En cuanto á estas cartas como no sean relativas al mismo asunto, ignoro quien puede escribirme, pues á nadie conozco en este pais.

—Vais á verlo, monseñor, por que no quiero interrumpiros mas tiempo: yo me retiro.

—Al contrario, madama: estas cartas me importan mucho menos que vuestra presencia.

—Pero todas dicen en el sobre *muy urgente*, yo temeria que un atraso.....

—En este caso permitidme abrirlas á vuestra presencia.

Tomó por casualidad una carta que tenia un sello con armas: la condesa la miró al soslayo y exclamó:

—Esta es de la marquesa de....yo conozco su sello. Tendria mucha curiosidad de saber que es lo que puede querer de monseñor.

—Vamos á verlo al instante, dice Collet á quien convenia bajo todos aspectos la especie de intimidad que queria establecer la condesa. Rompió el sello pasó la vista por la carta se sonrió y se la dió á la condesa diciéndole: ved vuestra marquesa me suplica que sea su confesor mientras permanezca en Niza.

—Esto no me admira, dice la condesa, constantemente está cambiando de confesor: jamás está contenta. Si se la oye, todos son severos y no comprenden su conciencia.

—Veamos esta, dice Collet. La misma peticion. Es de la baronesa de....

—¡Ah! sí: la pequeña baronesa sueña un director que le permita ir al espectáculo: y como se dice que esta autorizado en Roma, se dirige á vuestra gran señoría.

—He aqui otra de una duquesa. Tambien con la misma peticion.

—Ya sé quien es esta penitente, porque no tenemos en Niza mas que una sola duquesa que se confiese. Su director le ha impuesto en penitencia que no lleve sus diamantes en seis meses, y quince dias despues se los ha puesto para un baile dado por la ciudad. No se ha atrevido despues á volverse á confesar, espera sin duda mas indulgencia de parte de vuestra gran señoría.

—Yo veo, madama la condesa, que estais muy informada de todas estas damas.

—Qué quereis, monseñor! Cuando no hay otra cosa que hacer.....

—Pero estas damas se han dado todas el santo para pedirme la misma cosa, dice Collet, que habia leído ya las cartas que restaban.

—Esto no debe sorprenderos, monseñor. Primero el honor de recibir la absolucion de vuestra gran señoría, y despues esto las convierte.



—Muy bien, yo me negaré á todas, dice Collet, que vió brillar una chispa de alegría en los ojos de la condesa. Yo tengo por principio aceptar solo por penitente aquella cuya alma y sentimientos comprenda y en cuyo corazón pueda leer abriéndole todo el mío; porque hablo en el tribunal de la penitencia menos como maestro, menos como padre que como amigo: me acuerdo siempre de que soy hombre, que puedo faltar como la criatura que viene á humillarse delante de mí: soy indulgente con las faltas de los demás como necesito que lo sean con las mías y llego algunas veces hasta confesarme, hasta acusarme yo mismo delante de la que está á mis pies. Si, yo le confío mis debilidades, la pido sus consejos, sufro su reprobación, en una palabra mezcló sus faltas con las mías y me identifico con ella.... Para esto es preciso sentir las mismas cosas, tener la misma confianza..... y bajo esta suposición no hay en Niza mas que una penitente que yo quisiera aceptar.

—¿Y cuál? dijo ruborizándose la condesa.

—¿Es menester que yo la nombre? respondió Collet, y no sabéis muy bien, madama, que yo no conozco sino á vos?

A estas palabras se oyó un gran ruido en la pieza inmediata: los dos interlocutores se miraron como dos personas á quienes se hubiese sorprendido en una conversación criminal: abriéronse las puertas con estrépito y se dejó ver el obispo de Niza muy gozoso delante de ellos, seguido de muchos eclesiásticos á quienes Collet no había todavía visto. Recobrado al instante así como la condesa, monseñor Pascualini salió al encuentro de su colega, que en la expansión del contento que se leía en su fisonomía, rompió toda ceremonia y le echó los brazos al cuello.

—En fin, monseñor he conseguido prepararos una ceremonia digna de vuestra gran señoría: vais á ordenar á 55 sacerdotes de mi diócesis.

—Yo, monseñor, dice Collet, asustado de esta proposición y dispuesto esta vez á olvidar su rango, tal era su asombro.

—Vos mismo, añade el buen obispo, frotándose las manos, vos mismo por que yo quiero que vuestro paso deje recuerdos en este país. Yo salgo del seminario, cuyos superiores tengo el honor de presentaros. He hecho que se me designen los diáconos que por su instrucción y su conducta merecían recibir las órdenes: los he examinado yo mismo, y los he hallado dignos de este favor: les he anunciado que esperaba obtener de monseñor el obispo de Manfredonia, sobrino del príncipe mas grande de la iglesia, criado á su lado en la corte de nuestro santo padre, en la práctica de las virtudes apostólicas, la gracia de conferirles el sagrado carácter. Vengo pues á suplicaros con estos señores, monseñor, á que cedais á nuestros ruegos, para que oyendo nuestras súplicas, permita la providencia que sembréis en el corazón de los que ordenéis de sacerdotes el germen de las eminentes virtudes que distinguen á vuestra gran señoría.

—Monseñor, respondió Collet, disimulando su embarazo con una fingida modestia, soy muy sensible al honor que queréis dispensarme; pero no me pertenece á mí, joven é inesperto prelado, privar á estos hijos del Señor el ser consagrados á Dios por aquel que en su divina misericordia ha escogido para servirles de ejemplo y de guía. Así pues llevad á bien que rehuse el grande favor que queréis dispensarme.

—Pero á ellos y á mí es á quien hareis un favor, accediendo á lo que todo el mundo os pide. Esta clase de gracias se conceden ordinariamente entre prelados, y yo no temo ser indiscreto insistiendo.

—Pero, monseñor, yo no he ordenado nunca á ningún sacerdote: mi tío el cardenal era siempre el que quería encargarse de este cuidado: seré tan novicio en esta ceremonia.....

—¿Vos no habeis jamás ordenado sacerdotes, y vuestro primer ensayo seria para mi diócesis!.... ¡Ah! monseñor,

no podeis ya negaros: el mismo Dios nos ofrece á ambos esta santa ocasion..... por lo que respecta á la ceremonia, ya la sabeis, nosotros los obispos estamos tambien orientados, tan minuciosamente instruidos en las cosas mas pequeñas que es imposible equivocarnos: así, monseñor.....

—Monseñor!.... repitieron todos los asistentes, y la misma condesa que se inclinó delante de él.

—Bien, yo acepto, dice Collet, que vió que no podía retroceder y os doy humildemente las gracias, monseñor, por quererme ceder vuestro lugar.

—¿Por último lo hemos logrado! gritó el obispo. Señores, id á anunciar esta gran nueva al seminario. Haced preparar todo: de aquí á pocos dias se verificará la ceremonia, y haced que se recen por la mañana y por la tarde en las oraciones públicas cinco *padre nuestros* y cinco *Ave Marias* por monseñor el obispo de Manfredonia.

—Si, id señores, no me olvideis en vuestras oraciones; pero especialmente cuidad de que nadie se olvide de la ofrenda para el Santo sepulcro.

Collet los acompañó hasta la puerta de la escalera, y al volver se encontró cara á cara con la condesa, á la cual dijo al momento:

—Madama la condesa, he aquí una hermosa ocasion para ir á encontrar vuestro confesor:

—La condesa se limitó á saludarlo en silencio y se retiró en el acto. Collet volvió á encontrar en su oratorio al obispo que le había esperado y que le dijo:

—Para que día desea vuestra gran señoría que se fije su ceremonia?

—Para el que querais, respondió Collet. Una vez que está tomada mi resolución, cuanto mas pronto mejor. Mañana si os parece, monseñor.

—Esto me parece muy precipitado. ¿Estareis preparado tan pronto?

—Siempre se esta pronto para oficiar.

—No hay duda. No es esto solo de lo que yo quiero hablar tambien. ¿Pero el sermón?

—¿Qué sermón?

—El qué debeis predicar el día de la ceremonia.

—¿Cómo! yo soy quien debo predicar aquel día.

—Es indispensable, y todo el mundo espera con la mas viva impaciencia para poder apreciar vuestra elocuencia evangélica, cuya reputacion ha llegado hasta nosotros.

—¿Mi elocuencia!.... Pero se han engañado groseramente, monseñor, yo os aseguro que la cátedra no es de mi vocacion.

—Conozco vuestra modestia. Por otra parte acabais de confesarlo vos mismo, y un prelado que no necesita mas que 24 horas para improvisar su sermón en una ocasion tan solemne.....

—Pero, monseñor, vuestra gran señoría me ha comprendido muy mal en este caso. Yo creia que cualquiera otro y no yo, que vos mismo, por ejemplo, os dignariais subir á la cátedra.

—Yo me guardaré muy bien de esto. Privar á mis ovejas de oiros.....yo no me lo perdonaria jamás. Ademas que esto seria contra todos los usos recibidos: es de regla que el prelado que oficia ocupe la cátedra, y menos que nadie podeis dispensaros de ello.

—Pero si mi voz, tan debil en esta grande iglesia.....

—Teneis el órgano mas hermoso de prelado que he oido jamás.

—Pero si una repentina ronquera.....

—Dejamos para otro tiempo la ceremonia. Es inutil buscar ningún pretexto. Yo os diré como el profeta: *mi pueblo tiene hambre, quiere alimentarse con vuestra palabra*. Lo que yo podré hacer sin embargo, será fijar el día cuando esteis seguro del asunto de vuestro sermón, bien convencido que nada perderemos por esperar.

—Es que no es facil la eleccion de un asunto. En general soy muy tardo en encontrarlos y temo tambien que el



tiempo que debo permanecer aquí no sea demasiado corto para esto.

—¡Oh! ahora que tenemos vuestra palabra no os dejaremos marchar sin haber obtenido lo que habeis prometido, por lo demás si verdaderamente necesitáis mucho tiempo para prepararos, principiad desde hoy y si os son necesarias algunas noticias, mi biblioteca está á vuestra disposición, y puedo acompañaros á ella al instante, hasta para consultar los libros que queráis.

—Ciertamente, respondió Collet, no viendo mas que este medio para alargar el negocio: es menester primero que yo elija mi texto y para ello debo tener los libros á la vista.

—Seguidme pues: mi biblioteca está tocando á vuestro aposento.

Condujo á ella á Collet, al momento le indicó con complacencia los diversos estantes que contenían los libros sagrados, y lo dejó solo para que se entregase al estudio.

No era esta la primera vez que Collet hojeaba libros de teología. Ya en el seminario de los misioneros y en Roma, en casa del cardenal, había tenido tiempo de familiarizarse con esta lectura. Sin embargo, esta vez se encontraba embarazado, por que tenía que hablar á un auditorio enteramente distinto del de la pequeña parroquia de San Pedro: faltas demasiado groseras, que podían perfectamente escapársele, hubieran tal vez comprometido su posición, y por otra parte en su insaciable deseo de brillar, comprometía á pesar suyo el amor propio en un sermón notable: principiaba á temer el haberse aventurado demasiado y tenía un sentimiento en haber consentido prolongar su mansión. Entregado á estas reflexiones, recorría con vista distraída todos los libros de la biblioteca sin detenerse en ninguno, cuando abriendo un tomo leyó escrito en letra grande: *Sermón acerca de las órdenes por Bourdaloue*.

—¡Sobre las órdenes! pensó entresí. Este sermón es enteramente de las circunstancias. He aquí justamente mi negocio. ¡Ah! voy á aprenderlo de memoria, y si alguno se atreve á reconocerlo, cumpliré con decirle que nos hemos encontrado y con marchar al día siguiente. Por otra parte el clero tiene la gran costumbre de dormirse durante el sermón de un compañero, y yo llegaré á embelesarlo tanto como cualquiera otro.

Al momento, con una audacia de que solo él era capaz corrió á su aposento y principió á copiar este sermón, tanto para grabárselo en la memoria como para manifestar necesidad de este manuscrito, sobre el cual tuvo cuidado de hacer numerosas rayaduras, como sucede á los que componen laboriosamente.

Fué interrumpido en su trabajo por una diputación del capítulo que vino á traerle su ofrenda para la iglesia del Santo sepulcro. Collet ocultó escrupulosamente el volumen de Bourdaloue y dejó á la vista su manuscrito sobre la mesa. Habiéndolo visto el obispo de Niza que había acompañado á los canónigos, le preguntó si había encontrado su asunto.

—Tengo hecha ya la mitad de mi sermón, respondió Collet mostrándole el manuscrito rayado, pero vos veis el trabajo que me ocasiona.

—¡Ya la mitad en algunas horas!... y vos decís que tenéis tanta dificultad para este trabajo?... Pues solo un hombre inspirado por el Espíritu Santo es capaz de encontrarlo tan pronto.

—En efecto he tenido una inspiración repentina; pero no quiero creer que el Espíritu Santo me la haya enviado, es únicamente la necesidad y el deseo de no decaer de la opinión que vuestra gran señoría ha concebido de mí.

Los canónigos quedaron maravillados de la facilidad del joven obispo, y se retiraron para hacer lugar á los curas de todas las parroquias que venían también á ofrecer sus dones: previnieron además á monseñor de Manfre-

donia de la visita de muchas de sus ricas penitentas, que solicitaban el honor de venir á entregar en persona lo que destinaban á la obra piadosa. Monseñor dió orden para que entrasen al momento que se presentaran, y pasó el resto del día en recibirlas. Entre ellas se hallaban todas las nobles damas que le habían escrito y que procuraron escudarse unas á otras en la riqueza de sus dones. Collet fomentaba esta emulación para la mayor gloria de Dios y para su bolsillo particular.

Mas tarde se hicieron cuestaciones públicas, que entregadas fielmente, vinieron todavía á aumentar su tesoro.

Collet tenía una pasión decidida para hacer reedificar las iglesias.

Por la tarde de este día la condesa parecía inquieta y disgustada: habló en muchas ocasiones á monseñor Pascualini de las visitas que había recibido durante el día, apoyándose sobre todo en las de las damas que le habían escrito. Collet creyó comprender en este lenguaje el sentimiento de la vanidad herida y envidia de una devota y se aprovechó hábilmente de él.

—Ellas me han renovado verbalmente la petición que me habían hecho por escrito dijo él.

—¿Y sin duda vos se la habeis negado? dice con viveza la condesa.

—No precisamente, respondió Collet, les he prometido que si mi sermón me dejase tiempo para ello las oiría en el tribunal de la penitencia.

—Yo empeño para ello á vuestra gran señoría dice el obispo de Niza. Son ilustres conciencias las que vais á dirigir, y la obra que vais á hacer no puede menos de ser saludable para su conducta verdadera.

—¡Oh Dios mío! exclamó la condesa con despecho, hacen ya alarde de que son las penitentas favoritas de monseñor.... Estas damas solo necesitan ocurrirles un deseo para que sea oído..... Parece por lo demás que monseñor ha sentido una gran simpatía hacia ellas á la primera vista, por que según lo que me decía acerca de sus hábitos hacia sus penitentas.....

—Siempre pienso lo mismo, dice Collet; pero desgraciadamente no tengo la elección, y en nuestro estado se debe oír á todo el mundo.

Después cambió de conversacion, habló de otra cosa con agudeza y alegría, y habiéndose terminado la visita, se levantó para retirarse á su aposento. En el momento en que saludaba al obispo y á la condesa, esta acercándose á él le dijo en voz baja:

—¿A qué ahora quiere monseñor confesarme mañana?

—Vuestra hora será la mía, respondió Collet. Y salió seguido de los criados que le alumbraron hasta su dormitorio.

Al día siguiente se presentó la condesa en el oratorio de monseñor Pascualini, después de habérselo prevenido. El prelado se apresuró á ir á juntarse con su penitenta, y principió la confesion. Esta primera sesión fué corta; pero las que siguieron, fueron mas largas y se hicieron hasta muy frecuentes. Parece que madama la condesa era una minuciosa devota, que se acusaba de todos los pecados cometidos por pensamiento, palabra, obra y por omisión, y esto exige mucho tiempo: por otra parte monseñor de Manfredonia se entretenía tanto en esta conversacion que prolongaba todo lo posible sus exhortaciones paternales. Así es, que no tuvo tiempo de confesar á ninguna de las otras damas, y la bella condesa tuvo la gloria de ser la única penitente de este ilustre prelado.

Sin embargo, Collet había aprendido de memoria el sermón de Bourdaloue y se había ensayado diferentes veces en recitarlo. Sus continuas conversaciones con los miembros del clero, los honores que se le prodigaban, y la especie de entusiasmo de que era objeto, solo habían hecho aumentar su audacia hasta tal punto, que parecía jugar con el peligro saliéndole al encuentro. Tres días antes del señalado para las órdenes de los sacerdotes, el



obispo de Niza reunió en su salón á las autoridades civiles y militares que debían entenderse con él para la ceremonia. Collet preguntó, con el aire mas natural del mundo, al coronel de la guardia departamental, cuantas compañías de su regimiento debían comulgar al día siguiente. Sorprendido el coronel con esta pregunta, que atribuyó al uso establecido en Italia para las tropas papales, y no queriendo sobre todo desairar á tan alto personaje, respondió: que sus soldados no tenían como los del santo padre el número de confesores necesarios para prepararlos á este acto de religion.

—Pero si no se necesita mas que uno, respondió Collet.

—Uno solo que pueda confesar á todos, replicó el coronel, y tengo mas de 600 hombres!

—¿Qué importa?... es muy bastante. Es un buen ejemplo para la población que los soldados y los defensores de la patria se acerquen á la santa mesa. Yo concibo muy bien que los guerreros que combaten por el emperador Napoleon, mi primo, no puedan hacer sus devociones en medio de los campos de batalla: la iglesia absuelve tambien de antemano á los que caen bajo el fuego enemigo, y los declara en estado de gracia; pero los que como los vuestros están sedentarios en una guarnicion, no tienen ni los mismos motivos ni la misma excusa y no podré empeñarlos lo bastante, señor coronel, en que vigileis para que se ocupen de su salvacion.

—Hablaís monseñor como yo no me he atrevido á hacerlo jamás, dijo el anciano obispo, y sin embargo conozco mejor que nadie la necesidad del acto que proponeis.

—No dudo que el señor coronel, añadió Collet, cederá á vuestros ruegos y á los míos.

—Indudablemente, respondió el coronel haciendo una inclinacion; pero ahora es demasiado tarde, pues es para pasado mañana.

—¿Por qué demasiado tarde? dice Collet: tenemos todo el día de mañana.

—He dicho ya á monseñor, replicó el coronel sonriendo, que tengo á mis órdenes mas de 600 hombres y que para confesar á toda esta gente es menester....

—Una hora todo lo mas, dice Collet, con una admirable sangre fria.

—¡Una hora!, repitieron de todas partes, no sabiendo si era una chanza.

—¡Una hora! dice el obispo de Niza. Vuestro celo evangélico os estravia, monseñor.

—Tan poco se necesita, dice Collet, que si el señor coronel quiere poner el regimiento á mi disposicion, me encargo de confesarlo todo en el tiempo que os he dicho.

—Esto es imposible.

—Si no se tratase de una cosa tan sagrada, propondría que se hiciese una apuesta; pero esto no sería decoroso. Me limitaré á deciros que la conciencia de los soldados está mucho menos cargada que la de muchos devotos: que es preciso hablarles un lenguaje diferente y sobre todo mucho mas corto, y... en una palabra, ofrezco realizar lo que propongo.

—Tendría curiosidad de veros hacer este milagro, dice la condesa, y sobre todo de saber como os habíais de manejar.

—En este negocio, madama, el éxito es el que todo lo legitimará. Yo exijo que no se trate de saber mi secreto hasta despues de la ejecucion. Es el resultado de muchas vigiliias y trabajo; por que ha sido menester conciliar con las condiciones tan severas de la confesion, el poco tiempo que el militar puede dedicar á este sacramento, y un gran número de los que es preciso oír; pero yo espero conseguirlo, y me felicitaré de dejar, como señal de mi paso por Niza, este nuevo método que permitirá á los militares acercarse á la santa mesa. Así, señor coronel, mañana á las nueve me dirigiré á vuestro cuartel. Haced reunir á vuestros soldados en una pieza donde todos puedan estar: dejadme solo con ellos y pasado mañana se hallarán en estado de poder comulgar.

El resto de las visitas se pasó en conjeturas acerca del modo con que el obispo de Manfredonia se iba á manejar para realizar su proyecto. Se le abrumó á preguntas indirectas: no respondió á ninguna y tuvo tal discrecion, que la misma condesa no pudo adivinar lo que iba á hacer. A las nueve del día siguiente se dirigió al cuartel y entró en la sala donde encontró reunidos á todos los soldados. Hizo colocar en medio una mesa, sobre la cual subió para mejor dominarlos, y hallándose exactamente cerradas las puertas les habló en estos términos:

—Hijos míos, preparase una fiesta solemne y he querido que el ejército pueda tambien figurar en ella. Vengo aquí para ponerlos en estado de gracia, y como sé que el servicio militar absorbe todos vuestros momentos, os entretendré todo lo menos posible, voy á confesaros á todos á la vez; pero para conseguirlo hay que observar ciertas condiciones. La confesion debe ser secreta, ni ungu otro que yo puede oír los pecados que habeis cometido; por consiguiente, no los direis: yo seré el que conociendo los que puede cometer un soldado los nombraré en alta voz. A medida que cada uno de vosotros se reconozca culpable de la falta que yo diga, levantará el dedo, y esto tantas veces cuantas se acuerde de haberlo cometido, á fin de que yo pueda apreciar el estado particular de vuestras conciencias. Por último para que el secreto de la confesion se observe rigurosamente, cada uno de vosotros va á vendarse los ojos, de manera que no vea lo que pasa á su alrededor. Por este medio llenaremos todas las exigencias y estareis en estado de presentaros mañana en la santa mesa.

Los soldados habian recibido orden de su coronel de obedecer al obispo como á él mismo. Consideraban absolutamente lo que se les mandaba hacer como asunto de servicio ó una servidumbre: por consiguiente, por estravagante ó incomprensible que les pareciese lo que Collet les mandaba, obedecieron á la letra y con mucha circunspeccion. Los mas malignos se sonreían, pero no se atrevían á decir una palabra á sus camaradas, por que se consideraban como en un acto del servicio. Se vendaron pues los ojos con sus pañuelos y principió la confesion. Collet con una voz estentórea, nombró los diversos pecados, que suponía haber sido cometidos por ellos. A medida que decía sus nombres, se levantaban los brazos y se agitaban los dedos mas ó menos tiempo. En fin á cierto pecado que monseñor Pascualini nombró en voz baja y bajando los ojos para mejor continuar su papel, todos los brazos se alzaron espontáneamente al aire, y no cesaban de menearse los dedos, tanta era la buena fe y la conciencia que ponían estos valientes en su confesion. Monseñor esperó algunos instantes para pasar á otra cosa, pero no cesaba el movimiento y seguía siempre general. Reprimiendo entonces una sonrisa que asomaba á pesar suyo en sus labios, el obispo de Manfredonia exclamó con el tono mas tierno:

—Bastante, bastante hijos míos: ¡ah! demasiado veo la estension de vuestras faltas y el abismo en que habeis caído.

Detubieronse todos á esta voz y quedaron fijos é inmóviles. Collet les dirigió una corta allocucion, los hizo poner de rodillas y les dió la absolucion en masa, declarando que estaban en estado de presentarse al día siguiente en la iglesia. Salió despues del cuartel con un aire de triunfo, y anunció al obispo de Niza y á la condesa su feliz resultado y el modo de obtenerlo. No habia empleado tres cuartos de hora en confesar y en absolver. El anciano obispo no aprobó enteramente este modo de confesion y quiso combatirlo con algunas objeciones, á las que Collet respondió por los usos establecidos en Italia. Mas tarde sin embargo, este modo de confesar, tan increíble como parece, fué puesto en uso en Francia por los misioneros. Cuando recorrieron las ciudades del mediodia plantando la cruz, abatiendo al clero, malquistando las familias y



haciendo sus profesiones fanáticas que parecían el preludio de los *autos de fe*, les pareció necesario como á Collet, hacer comulgar á los militares en masa. Faltábales el tiempo como á él: adoptaron este modo de confesion, y se vieron marchar regimientos enteros á la santa mesa como al ejercicio y á la parada.

En fin, llegó para Collet y para el clero de Niza el día tan deseado: la ceremonia tuvo lugar con el mayor brillo: se había bordado para Collet una casulla muy rica, de la cual le había hecho homenaje el seminario. Su báculo y su mitra eran correspondientes. Ofició con pompa, y llegado el momento, subió á la cátedra y predicó su sermón



con una voz tan clara como segura. La prosa de Bourdaloue produjo el mejor efecto en el auditorio, que no la conocía. Por lo que respecta al clero, sucedió lo que Collet había previsto: los jóvenes escucharon y no encontraron novedad alguna: no habían sin duda leído jamás á Bourdaloue. Los ancianos cerraron los ojos desde el principio para oír mejor y acabaron por dormirse: de modo que aquellos eclesiásticos que hubieran podido reconocer el sermón no lo oyeron, y el predicador consiguió todos los honores de la cátedra. Hizose la gran cuestacion para la obra del Santo sepulcro, y produjo una receta abundante. Collet ordenó de sacerdotes á los 55 abades é hizo comulgar á sus 600 hombres. Un gran número de fieles siguió su ejemplo; pero todo el mundo notó con asombro que sola la penitente de monseñor no se había acercado á la santa mesa.

Habiéndose dado cuenta algunas horas después de lo que había producido la cuestacion del Santo sepulcro, Collet tenía prisa de salir y dejar este disfraz del que había sacado los recursos. Hizo comprender al buen obispo que habiendo satisfecho á sus deseos, nada podía ya detenerlo en Niza: que á pesar de sus esfuerzos, la nueva de esta ceremonia llegaría á Francia, y que era menester que él se anticipase á ella. En cuanto á la condesa, la prometió que la llevaría consigo á la peregrinacion de la Tierra Santa. Obtuvo desde entonces el poder salir aquella misma noche en secreto y en el incógnito mas severo. Para esto debía cambiar de trage, y abandonar por el camino el hábito eclesiástico.

No fué muy largo el tiempo que empleó en vestirse. Se presentó embozado en una gran capa que le cubría desde la cabeza á los pies, se despidió del obispo, besó la mano á la condesa, y se dirigió solo á la casa de postas, donde le esperaba una silla nueva que había tenido cuidado de

acer comprar; habiendo enviado sus equipages delante. Al amanecer se hallaba ya lejos, y mientras que los can-

tores de los maitines y los seminaristas se ocupaban del hermoso sermón de monseñor de Manfredonia; habiendo vuelto la cabeza el postillon para ver al viajero que conducía, vió un general que fumaba en su pipa. (1)

Envalentonado por su éxito en Niza, Collet había concebido uno de aquellos proyectos, cuya seguridad consiste en la audacia. De cura, acababa de hacerse obispo: continuó ascendiendo en la carrera militar como lo había hecho en la sacerdotal. De general de brigada se nombró teniente general, y entró en Francia con este título que había usurpado y con el que iba á brillar. Una cosa digna de notarse es, que había escogido para engañar á nuevos incautos, el grado cuya falsedad era muy fácil probar en el país mas bien regido bajo el aspecto militar. Llegó á Frejus y llamó al brigadier de gendarmería, á cuya vista presentó los papeles que él mismo había falseado y que constituían su dignidad y sus poderes. Desde este día era Carlos Alejandro, conde de Eorromeo, teniente é inspector general, plenipotenciario de S. M. el emperador y rey, encargado del equipo del ejército de Cataluña, y autorizado para sacar de las arcas del estado, lo necesario para las necesidades del servicio. Pidió para acompañar su carruaje una escolta que le fué dada al momento. Espidió al día siguiente un gendarme á Draguiham para que anunciase allí su venida. Al entrar en esta ciudad se apeó en la puerta misma del comisario de guerra. Este funcionario le ma-

(1) En el momento en que yo acababa de escribir este episodio, los diarios franceses referían con fecha de 11 de este mes, (octubre 1842) como extracto del Morning-Herald, la noticia siguiente: «se acaba de arrestar en Birmingham á un hombre que se decía arzobispo de Tripoli. Llegado á esta ciudad con un joven turco, había publicado un folleto sobre los padecimientos que experimentan los cristianos en Siria y el mal estado de las iglesias, y recurria á la bolsa de los fieles. Había reunido ya una suma considerable, cuando la policia ha descubierto su bellaqueria y lo ha arrestado.» Se vé que ademas de los misioneros, Collet tiene todavia imitadores.



nifestó su admiración por esta repentina llegada, sin haber sido prevenido de ella por el ministro.

—He preferido anunciarme yo mismo, dice Collet: por otra parte he sido mas activo que las cartas, y he salido precipitadamente una hora despues de la decision del emperador; pero á fin de que no se repita un inconveniente parecido, vais á despachar un correo á vuestro colega mandándole que dé órdenes iguales para todo mi camino, de modo que se me anuncie por todas partes. He aqui mi itinerario.

—Obedezco, general.

Y al momento espidió el correo el comisario de guerra.

—Aun hay mas, replicó Collet: como os he dicho, he salido precipitadamente y no llevo nadie que me acompañe: necesito dos ayudas de campo.

—No tenemos aqui mas que un gefe de batallon, y desgraciadamente acaba de tomar su retiro.

—¿Es hombre de bien? ¿es instruido, capaz, y todavia jóven?

—Reune estas circunstancias, general: yo os respondo de él.

—Muy bien, yo tomaré otros en Marsella, donde la guarnicion es mas numerosa. En cuanto á vuestro protegido lo vuelvo á poner en activo servicio y lo dedico al de mi persona: dadle órden de que se prepare á seguirme al momento.

—Pero, general, su admision cuando está retirado es un obstáculo....

—¿Habeis leido muy mal mis poderes, señor, ú olvidais que son ilimitados? El que puede apeaar á un comisario de guerra, puede muy bien volver á la actividad á un gefe de batallon injustamente condenado al descanso.

—Basta, general: sereis obedecido.

—No tengo criados: es menester que se me proporcionen cuatro para mañana muy de madrugada.

—Los tendreis.

—Un segundo carruaje.

—Lo tendreis.

—Veinte mil francos en oro para pagar mis gastos de posta

—Hecedme vuestro recibo, general y lo enviaré al pagador.

—Mañana á las seis de la mañana recibiré al estado mayor de la plaza: á las siete pasaré la revista de las tropas, y á las ocho me pondré en camino. Ahora voy descansar un poco.

Con este aplomo y con este modo pronto de mandar obraba Collet, y esto le hizo conseguir lo que queria. Todo fué ejecutado segun sus órdenes. Pasó la revista como un hombre acostumbrado á este acto. Ademas de que él habia ya servido, estaba con su grado de teniente general como con su dignidad de obispo: se hallaba tan práctico y tan minuciosamente instruido, que no podia equivocarse. Salíó despues de la revista, como lo habia anunciado llevando á su lado á su ayudante de campo que de alegría estaba fuera de sí, y seguido del carruaje donde iban sus cuatro criados. De este modo recorrió diferentes ciudades, donde se le hicieron los honores militares. En Tolon sobre todo, residencia de los galeotes, de las autoridades marítimas y militares, le salieron al encuentro, y se disparó el cañon en honor de su llegada. Visitó la carcel en detalle, interrogó á los galeotes, se compadeció de su suerte, tomó notas para hacer obtener gracias y les dió dinero. En cada ciudad tomó resoluciones, suspendió á oficiales superiores de sus funciones, puso á otros arrestados, dió grados, y sobre todo visitó las arcas del gobierno y se llevó una parte de ellas. En Marsella 135,000 francos: en Aviñon 137,000: en Nimes 300,000 y así sucesivamente. Su acompañamiento se aumentaba á medida que seguía su camino. Se agregaron dos ayudantes de campo, de los cuales uno solo estaba ocupado en pagar los gastos de la posta: tomó por secretario al hijo del suprefecto de Tolon,

asegurando á su padre que su porvenir quedaba de su cargo; y finalmente compró un tercer carruaje. Con este acompañamiento numeroso y con este magnifico tren llegó á la ciudad de Montpellier para inspeccionar todavia la guarnicion. Allí sin embargo, aunque aturdido con sus buenos resultados, principiò á reflexionar sobre su situacion que no podia prolongarse mucho tiempo todavia. Tenia cerca de un 1.200,000 francos en su poder. Tomó su resolucion con aquella prontitud que decide en un momento de las cosas mas importantes. Arregló su fuga para el dia siguiente. Debía embarcarse en el puerto de Cette, bajo el pretexto de ir al fuerte Brescou á visitar él solo los prisioneros de estado que se decia hallarse allí encerrados: desde aquí ganar un navio, con cuyo capitán estaba de acuerdo y pasar á Inglaterra. Inmediatamente y despues de tener dispuesto la mayor parte de este plan, recibió la visita del prefecto, que venia á convidarlo á comer para el dia siguiente. Este era el designado para su fuga. Collet objetó su salida para Brescou despues de mediodia, y la comida se convirtió en un espléndido almuerzo, que el general aceptó despues de la revista de la mañana. Todas las autoridades y gentes de consideracion de la ciudad se hallaban en esta comida, en la que el prefecto y los convidados se esforzaron en agradar al general. Era tan bueno, tan afable este general!.... Al uno le habia prometido ascenso, á otro mejor residencia, á este un servicio especial, á aquel una carta de recomendacion, en fin, al mismo prefecto la cruz de la grande Aguila de la legion de honor. Hallábanse en los postres y se saboreaban con los esquisitos vinos de Lunel y de Frontignan, el general gozoso sobre todo por ver que se acercaba la hora de su fuga, daba gracias al prefecto por su magnifico desayuno y por la atencion que habia tenido de hacer que figurasen en su mesa por sus gefes todos los cuerpos que se hallaban en Montpellier, cuando repentinamente se abrió la puerta y presentándose en el umbral un gefe de escuadron de gendarmeria, gritó con una voz de trueno:

—El señor prefecto se ha olvidado de uno, que soy yo.

Todo el mundo se volvió hácia la puerta á este singular apóstrofe, que ninguno podia comprender; y continuando el oficial sin dar tiempo para reconocerse:

—Pero hoy, dice él, me he tomado la libertad de venir aunque no se me ha invitado, por que en todas partes donde hay ladrones es necesaria la presencia de los gendarmes.

—¡Ladrones! repitieron levantándose de la mesa.

—¡Ladrones! gritó el general mas furioso que los demas, ¡ladrones!... Y en un movimiento de indignacion, marchó magestuosamente hácia la puerta para salir y zafarse; pero lanzándose un brigadier puesto á la cabeza de numerosos gendarmes, le agarró por el brazo, diciéndole:

—Antelmo Collet, yo os arresto en nombre del emperador.

A este movimiento, el ayudante de campo, gefe de batallon, que debia á su general el haber vuelto al servicio activo, y que creia en él como en Dios, sacó su espada; pero apresado tambien, fué contenido por los gendarmes á pesar de su resistencia. Al mismo tiempo esclamaba el prefecto:

—¿Qué haceis? el conde de Borromeo, el plenipotenciario de S. M., el inspector general del ejército de Cataluña!...

—Antelmo Collet, digo yo, repitió el oficial, el mas diestro ratero que existe, el mas atrevido ladron, el mas hábil falsario á quien habeis hecho el honor de convidar á un almuerzo así como á sus cómplices.... Perdon por haberos incomodado pero he aqui mis órdenes.

—¡Son falsas! gritó Collet, por último esfuerzo: creedme á mi, mi querido prefecto, y al gran cordon de la legion de honor....

(Se continuará.)